



Los
400
Años
de
Silencio

H. A. IRONSIDE

Los Cuatrocientos Años de Silencio

(De Malaquías a Mateo)

Por H A Ironside

- Prefacio
- Capítulo I, Los judíos bajo el gobierno sacerdotal
- Capítulo II, Los días de los Macabeos
- Capítulo III, Hasta el final de la dinastía Asmonea
- Capítulo IV, La ascendencia edomita
- Capítulo V, La literatura de los judíos

Loizeaux Brothers

Neptune, Nueva Jersey

Primera edición, febrero de 1914

Decimosexta impresión, enero de 1980

Prefacio

Hace algún tiempo me esforcé, aunque sin reclamar la originalidad del tratamiento, para extraer lecciones prácticas para el pueblo de Dios separado de los libros del Antiguo Testamento sobre el cautiverio y el post-cautiverio. Por sugerencia de los publicadores, ahora he tratado de rastrear la historia hasta las mismas personas a través de los años de espera que transcurrieron desde el momento en que cesó la voz de la inspiración hasta que los cielos resonaron con el alegre anuncio de “Gloria a Dios en las alturas y en la tierra paz, buena voluntad para con los hombres”, anunciando así el advenimiento del Mesías prometido desde hace mucho tiempo.

En la preparación de este trabajo, me han ayudado enormemente una serie de artículos titulados “De Malaquías a Mateo”, que apareció hace varios años en una publicación en inglés que ahora está discontinuada. ¹ También se ha consultado “Between the Testaments” del Dr. Grant, y si ese volumen hubiera estado más de acuerdo con la creencia en la inspiración plenaria de las Escrituras, el libro que ahora está en la mano de mi lector quizás no se hubiera preparado. Los apócrifos del Antiguo Testamento (especialmente I. Macabeos), Josefo y varias historias judías de fecha reciente también han proporcionado una ayuda considerable.

Se observará que mi objetivo no ha sido meramente dar un esquema cronológico de los eventos, o una serie de bosquejos biográficos, sino rastrear a lo largo de lecciones y advertencias para cualquiera que hoy, como los de los días de Nehemías, haya buscó volver y obedecer la palabra de Dios, en separación de la infidelidad y apostasía de los tiempos. Estos están expuestos a peligros similares, aunque de carácter espiritual, a los que enfrentaron los judíos. De su historia, por lo tanto, podemos obtener valiosas sugerencias y, al considerar cuidadosamente las causas de sus fracasos, podemos evitar caer en las mismas trampas.

La historia se repite de muchas maneras, y el sabio no despreciará su instrucción. “Bienaventurado el hombre que siempre teme”; porque el que cree estar firme, es el que es exhortado a tener cuidado de no caer.

H A Ironside

marzo de 1914

Capítulo I

Los Judíos bajo el Gobierno Sacerdotal

(Desde los tiempos de “Darío el persa” (Neh. 12:22)
hasta la caída del Imperio persa, alrededor del 425 al 335 aC).

El lector medio de la Biblia rara vez sabe mucho de los conmovedores acontecimientos que siguieron en rápida sucesión a los días de rehabilitación, descritos en los interesantes e instructivos registros de Esdras y Nehemías. Obtiene más que un indicio de la condición caída del resto restaurado en la protesta solemne del último profeta, Malaquías; pero cuando abre el Nuevo Testamento y comienza a leer el Evangelio de Mateo, encuentra un cambio total de atmósfera y condiciones. El Antiguo Testamento cierra con el pueblo de los judíos parcialmente restaurado a su tierra, pero bajo el dominio persa. El Nuevo Testamento comienza con el mismo pueblo enormemente multiplicado y viviendo en el mismo país, pero bajo el dominio romano, y sin embargo, con un vice-rey edomita que ejerce jurisdicción sobre parte de la tierra. En muchos otros aspectos, las circunstancias han sufrido un cambio notable, y en general para peor.

¿Qué provocó estos cambios? ¿Qué movimientos, civiles, religiosos y políticos, estaban en marcha durante los cuatrocientos años silenciosos después de que el testimonio profético se extinguiera con una última advertencia solemne de una posible maldición que golpearía la tierra y la gente una vez tan ricamente bendecida? (Mal. 4: 6).

No podemos recurrir a la palabra infalible de Dios en busca de una respuesta auténtica e inspirada a estas preguntas; pero podemos, sin embargo, responderles con gran seguridad, ya que Dios se ha complacido en preservar, sin inspiración, pero bastante confiables, crónicas de la historia de su pueblo elegido en los cuatro siglos que sucedieron a los días de los profetas. El historiador judío, Josefo, y el autor desconocido (salvo para Dios) del primer libro de los Macabeos, nos han dejado registros que generalmente se consideran dignos de confianza y están corroborados en gran medida por las tradiciones judías y las luces laterales históricas.

Con Nehemías, la historia y las experiencias del Remanente que regresó en la Tierra terminan, en un momento en que el mal se estaba infiltrando y la decadencia estaba comenzando. Durante su vida, Nehemías se esforzó denodadamente por mantener su relación de pacto con Dios, y procuró con celo mantener esa santa separación de las naciones idólatras que los rodeaban, como pueblo peculiar de Jehová, en lo único que

residía su fuerza. Balaam había declarado: “El pueblo habitará solo; no serán contados entre las naciones”, y también le había enseñado a Balac a lanzar una piedra de tropiezo ante Israel rompiendo esta misma separación. “La doctrina de Balaam” había sido su lazo para siempre, y vemos en los capítulos finales de Nehemías lo difícil que fue acabar con ella.

Los esfuerzos de Nehemías tuvieron gran éxito; y aunque su vida piadosa y su testimonio todavía tenían influencia sobre la gente, al menos había una medida de separación exterior. Pero Malaquías es testigo de que las personas pueden estar separadas de los males externos y no estar separadas para el Señor. Este es un peligro constante. ¿Quién no ha escuchado a los creyentes "embriagadores, de mente elevada" parlotear sobre "la separación del mal como el principio de unidad de Dios" (como de hecho lo es, en igualdad de condiciones), que parecen olvidar que es la separación para Cristo lo único que da poder al primero.

La separación de, puede terminar en mero fariseísmo. La separación a, dará lugar a la piedad práctica, y se demuestra afecto, de amor fraterno y la unidad.

Pero esta verdad siempre necesita hombres consagrados de Dios para insistir en su reconocimiento; de lo contrario, siempre existe la posibilidad de que sea olvidado, y una forma de piedad sin el poder usurpando su lugar. Del Israel de antaño, cuando se estableció por primera vez en la tierra, leemos: “E Israel sirvió a Jehová todos los días de Josué, y todos los días de los ancianos que sobrevivieron a Josué, y que habían conocido todas las obras de Jehová, que Lo había hecho por Israel” (Jos. 24:31). Tenemos algo análogo a esto en el caso que estamos considerando. El resto judío, en general, caminó ante Dios en una medida de santa separación y apegado a Su nombre y Su palabra durante los días de Esdras y Nehemías, y de los ancianos que los sobrevivieron; pero incluso en la época de Malaquías la declinación había progresado muy rápidamente.

Después de la muerte de Nehemías el "Tirshatha", o gobernador, disfrutaron de una gran medida de independencia bajo el suave gobierno de los reyes persas, e incluso durante un tiempo después de que el "oso" medo-persa fuera derrotado y reemplazado por los cuatro-cabezas "Leopardo" de Grecia (Dan. 7) - o, usando el símil del sueño de Nabucodonosor, después de que el reino de plata había sido desplazado por el dominio del bronce (Dan. 2).

Estos soberanos gentiles encomendaron el gobierno al sumo sacerdote, que anteriormente no era más que un líder religioso. En Nehemías 12: 10, 11, 22, 2 tenemos la línea de sumo sacerdote trazada desde Jesúa, o Josué (que subió de Babilonia, con

Zorobabel en el primer regreso, y es el que se describe en la visión de Zacarías, cap. 3), a través de Joiakim, Eliashib, Joiada y Jonatán hasta Jaddua, el último personaje histórico mencionado en el Antiguo Testamento.

Eliasib sucedió en el sumo sacerdocio durante la vida de Nehemías, y fue su nieto (el hijo de Joiada), a quien el Tirsatha indignado "echó" de él debido a su alianza profana por matrimonio con la casa de Sanbalat el Horonita (Neh 13:28).

Una tradición atribuye el cierre del canon del Antiguo Testamento a los días de Eliasib, antes de la muerte de Esdras. Se suponía que "la gran sinagoga" estaba presidida por este venerable siervo de Dios (Esdras), y generalmente se considera que editó en gran parte los libros y organizó los Salmos en el orden en que se encuentran en la Biblia hebrea. Algunos han pensado identificarlo con Malaquías, suponiendo que el título "Malaquías" es una palabra sin traducir, que simplemente significa "Mi mensajero" o Mensajero de Jehová". Pero esto parece poco probable, ya que Malaquías aparentemente retrata una etapa posterior de declive. Pudo haber profetizado en los días de Joiada o Jonatán. Es más que probable que otra tradición, que le da a Simón el Justo el mérito de establecer con autoridad los límites del canon, sea la correcta.

De estos sumos sacerdotes sabemos poco, salvo que Josefo da a entender que el primero (Joiada) era sumamente amistoso con las naciones mixtas que rodeaban Judea, como de hecho parece muy probable, por el hecho mencionado anteriormente; su hijo se había casado con la hija de Sanbalat, el conspirador conspirador (Neh. 13:28). El historiador judío Josefo declara que este joven, al ser expulsado por Nehemías, se pasó a los samaritanos y, con la ayuda de su suegro rico e influyente, estableció el sistema samaritano y proyectó la construcción de un templo rival en el monte Gerizim. Tal templo existía ya en los días de Alejandro el Grande, pero es cuestionable si el hijo indigno de Joiada tuvo que ver con su construcción. Sin embargo, es frecuente que alguien conectado exteriormente con la verdad, sin conocer su poder en el alma, se convierte en el más acérrimo enemigo de lo que es de Dios, cuando es repudiado por sus impíos caminos.

Jonathan (que también se llama Johanan) dejó un registro de lo más desagradable. Era un hombre impío e insubjetivo; aunque permaneció hasta el último entre los judíos, incluso cometiendo el horrible crimen de asesinato para hacer más seguro su propio lugar de autoridad como sumo sacerdote y gobernante. Profanó el mismo templo de Dios al asesinar a su hermano Josué (o Jesús) dentro de sus recintos sagrados. Así, la corrupción y la violencia encontraron tan pronto un punto de apoyo entre el resto separado, enfatizando el hecho solemne de que la mera corrección de la posición no tiene ningún valor real, en lo que respecta al mantenimiento de lo que es de Dios, a menos que haya

piEDAD personal y devoción a la Señor. A menudo escuchamos que estamos "en el lugar correcto", "en el terreno verdadero", etc., pero son expresiones huecas y vacías cuando se divorcian de la justicia y la santidad de la verdad. Que los creyentes en el Señor Jesucristo deben ser un pueblo separado y ajeno al mundo, ningún cristiano que piense correctamente lo negará ni lo cuestionará ni por un momento; pero es para el Santo y el Verdadero que debemos ser apartados y solo como nosotros" id a Htm", nuestra separación tendrá algún valor real, y nosotros mismos" vasos para honra, santificados y aptos para el uso del Maestro ".

El hombre tiende a descansar en lo que es meramente externo, mientras descuida o ignora con frialdad lo interno; porque "el hombre mira lo que está delante de sus ojos, pero Dios mira el corazón". De ahí la importancia de insistir en la realidad y no contentarse con la mera conformidad exterior y el orden eclesiástico. A Diotrefes exigirá lo último mientras descuida lo primero; pero, por otro lado, otro puede estar igualmente equivocado si enfatiza sólo lo subjetivo, sin prestar atención a la cuestión de la asociación. El cristiano bien equilibrado se preocupará por ambos y no descuidará ninguno.

Pero debemos volver a nuestra tarea de rastrear la historia del pueblo judío bajo el régimen de los sumos sacerdotes, durante los años de dominación persa.

Jaddua estaba ejerciendo el oficio sacerdotal cuando, en el curso de los caminos de Dios, había llegado el momento de dejar de lado el dominio persa y dárselo a los griegos. Jaddua era un hombre de integridad inmaculada, y su nombre se venera hasta la actualidad.

Se cuenta de él que fue un siervo fiel bajo los reyes de Persia; pero cuando Alejandro el Grande destruyó Tiro y expulsó a los ejércitos de Darío Codomano hacia el este en confusión, Jaddua tuvo la certeza de que había llegado el momento de que se cumpliera la profecía de Daniel en cuanto a la destrucción del segundo imperio mundial y su sustitución. por el tercero. Reconoció en el joven conquistador macedonio al tosco macho cabrío con el notable cuerno entre los ojos, que iba a correr sobre el carnero de dos cuernos en la furia de su poder y destruirlo por completo. Al enterarse de que las ciudades de Siria caían una a una ante él, y que Alejandro se dirigía a sitiar Jerusalén, se dice que Jaddua se puso sus vestiduras pontificias y, con las Escrituras de los Profetas en la mano, para tener salió al encuentro del conquistador, asistió, no por hombres armados, sino por un cuerpo de sacerdotes vestidos de blanco. Mientras se acercaban al ejército de Alejandro, se dice que este último se apresuró a recibirlos, postrándose en el suelo ante Jaddua, declarando que había visto recientemente al venerable pontífice en una visión y lo reconoció como el representante del Dios. del cielo, que le mostraría lo

que sería más ventajoso para él. Jaddua abrió el rollo profético e hizo que uno de los escribas de su compañía leyera las visiones de Daniel y su interpretación. Alejandro vio la indudable referencia a sí mismo y declaró que nunca permitiría que se tocara Jerusalén ni que se contaminara su templo, y envió al sumo sacerdote cargado de regalos. postrándose en el suelo ante Jaddua, declarando que acababa de contemplar al venerable pontífice en una visión y lo reconocía como el representante del Dios del cielo, quien le mostraría lo que sería muy ventajoso para él. Jaddua abrió el rollo profético e hizo que uno de los escribas de su compañía leyera las visiones de Daniel y su interpretación. Alejandro vio la indudable referencia a sí mismo y declaró que nunca permitiría que se tocara Jerusalén ni que se contaminara su templo, y envió al sumo sacerdote cargado de regalos. postrándose en el suelo ante Jaddua, declarando que acababa de contemplar al venerable pontífice en una visión y lo reconocía como el representante del Dios del cielo, quien le mostraría lo que sería muy ventajoso para él. Jaddua abrió el rollo profético e hizo que uno de los escribas de su compañía leyera las visiones de Daniel y su interpretación. Alejandro vio la indudable referencia a sí mismo y declaró que nunca permitiría que se tocara Jerusalén ni que se contaminara su templo, y envió al sumo sacerdote cargado de regalos. e hizo que uno de los escribas de su compañía leyera las visiones de Daniel y su interpretación. Alejandro vio la indudable referencia a sí mismo y declaró que nunca permitiría que se tocara Jerusalén ni que se contaminara su templo, y envió al sumo sacerdote cargado de regalos. e hizo que uno de los escribas de su compañía leyera las visiones de Daniel y su interpretación. Alejandro vio la indudable referencia a sí mismo y declaró que nunca permitiría que se tocara Jerusalén ni que se contaminara su templo, y envió al sumo sacerdote cargado de regalos. e hizo que uno de los escribas de su compañía leyera las visiones de Daniel y su interpretación. Alejandro vio la indudable referencia a sí mismo y declaró que nunca permitiría que se tocara Jerusalén ni que se contaminara su templo, y envió al sumo sacerdote cargado de regalos.

Es imposible a estas alturas saber si esta historia es una mera tradición o una historia sobria; pero no hay nada improbable en ello; al menos enseña una lección valiosa, recordándonos que la palabra de Dios ha predicho el fin desde el principio, y el que la inspiró ha declarado: "Mi consejo permanecerá, y haré todo lo que quiera". Jaddua poseía esas Escrituras que revelan los planes de Dios en cuanto a las naciones de la tierra; porque la profecía no es más que historia escrita antes de los acontecimientos. Por tanto, no es descabellado suponer que actuó según la tradición.

Este es el valor específico del estudio de la profecía, que permite actuar en el presente a la luz de las cosas que aún son futuras. Así escribe el apóstol Pedro, cuando nos dice: "También tenemos la palabra profética asegurada; a lo cual hacéis bien en estar atentos en vuestro corazón, como a una lámpara que alumbraba en un lugar oscuro hasta que amanece y sale la estrella del día. Sabiendo primero esto, que ninguna profecía de la Escritura es de interpretación propia; porque la profecía no vino en los tiempos antiguos por voluntad humana; pero los santos hombres hablaron de parte de Dios, inspirados

por el Espíritu Santo” (2 Pedro 1: 19-21, Versión 1911). “El profeta Daniel”, como lo llama nuestro Señor, fue uno de ellos; y su libro estaba sin duda en la mano de Jaddua, no escrito por un romancista apócrifo desconocido cien años después, como los pseudocríticos modernos quieren hacernos creer, pero una parte de la palabra inspirada de Dios que describe los eventos que vendrían sobre la tierra mucho antes de que algunas de las naciones y muchas de las personas especificadas tan claramente existieran.

(Bajo el Imperio griego o macedonio a.C. 230, hasta el final del sacerdocio hereditario).

La "Escritura de la verdad", comunicada a Daniel por el ángel (Dan. 10:21), describe la historia de las guerras que siguieron a la muerte de Alejandro el Grande, pero no nos dice nada de los varios sumos sacerdotes que se sucedieron unos a otros. como señores temporales y espirituales en Judea. Con frecuencia no eran más que títeres de sus amos imperiales, ya fueran sirios o egipcios; porque Palestina a lo largo de casi un siglo fue un campo de batalla casi continuo, entre los reyes del norte (sirios) y los reyes del sur (egipcios) en sus sucesivas guerras.

Alejandro murió en Babilonia, en el año 323 a. C., con solo 33 años de edad, después de un reinado de 12/4 años. La suya fue una vida de logros notables y conquistas maravillosas. Con planes para cosas más grandes aún por lograr, murió en sacrificio a sus pasiones, cuando debería haber estado en la flor de la virilidad.

Al no haber nombrado sucesor, ni dado instrucciones en cuanto a la disposición de su vasto y recién formado imperio, sin heredero, pero la perspectiva de un niño aún por nacer, dejó todo en confusión. El desorden, la intriga y la ambición amenazaban con destruir el inmenso imperio erigido a un costo tan sangriento.

Después de un tiempo, sin embargo, se acordó entre sus principales generales que el imperio debería estar en manos del niño póstumo, que resultó ser un hijo y se llamó Alejandro II. Otro hijo de renombre, Hércules, había sido asesinado en algún momento antes. Los celos de los generales pronto resultaron en la misma suerte para el infante heredero y su madre Roxana.

Los dominios se dividieron entonces entre los principales generales, de los cuales sólo dos necesitan ocuparnos particularmente, ya que son los progenitores de las dos dinastías rivales denominadas Reyes del Norte y del Sur. Antígono, uno de los generales más poderosos de Alejandro, junto con su hijo Demetrio se apoderaron de Siria y la región adyacente, y trataron de controlar Palestina, de la cual Ptolomeo Lagus, otro general, era gobernador. Los judíos favorecieron a Antígono, y el hijo de Ptolomeo,

Soter, decidió infligirles una terrible venganza por sus actos de traición. Asedió y saqueó Jerusalén, entrando en ella en sábado, masacró a un gran número de habitantes miserables, y transportó a muchos más (algunos dicen, cien mil) a Egipto, donde les dio privilegios tan inesperados que, a pesar de todo lo que habían sufrido. él, estaban bastante contentos de vivir en su tierra, y muchos de sus correligionarios se les unieron, ya que la vida en Egipto era mucho más pacífica que en la Palestina devastada por la guerra. Estos judíos egipcios se convirtieron en gran parte en gentilizados a medida que pasaban los años, desechando su lengua materna y muchas de sus antiguas costumbres, hablando el idioma griego y copiando los caminos de las naciones. A partir de entonces, se convirtieron en un poder a tener en cuenta, y durante un tiempo amenazados con aniquilar por completo la antigua fe judía.

Contra Ptolomeo Soter, Antígono volvió ahora los brazos y, al principio, logró arrebatarse las tres provincias. Pero, durante cinco años, el triunfo alternó entre Ptolomeo y luego Antígono, hasta que la infeliz tierra de Palestina estuvo a punto de arruinarse y su gente quedó completamente aplastada.

Muchos, en su desesperación, imaginaron que la única salida posible y lógica de sus angustias era asimilarse con las facciones en guerra de un lado o del otro, tanto como fuera posible; y debido a la iluminación superior de Ptolomeo y los alicientes esperanzados, la mayoría se aferró a él.

Pero en estos días oscuros, durante los cuales Palestina era "la tierra de debate", arruinada por sus enemigos en guerra, siempre hubo una elección de gracia, que se aferró firmemente a las Escrituras del Antiguo Testamento ahora completadas, abrazado bajo tres grandes cabezas, o divisiones, a saber, "La Ley, los Profetas y los Salmos", y se aferraron desesperadamente a la esperanza aparentemente desamparada del Libertador venidero. De tales cosas había escrito Malaquías: "Los que temían al Señor hablaban a menudo unos a otros, y el Señor los escuchó y lo escuchó; y se escribió un libro de memorias delante de él para los que temían al Señor y pensaban en su nombre. Y serán míos, ha dicho Jehová de los ejércitos, en el día en que haga mis joyas (o tesoro peculiar); y los perdonaré como un hombre perdona a su propio hijo que le sirve. Entonces volveréis y discerniréis entre el justo y el impío, entre el que sirve a Dios y el que no le sirve" (Mal. 3: 16-18). Era simplemente un proceso de separación o aventado que estaba sucediendo entonces. Ptolomeo y Antígono no eran más que los mayales que se usaban para separar el trigo de la paja, o los grandes rodillos que trituraban el mineral y liberaban las joyas de Dios de la masa de judíos en quienes no había más que una fe tradicional.

Los dolores del remanente tampoco terminaron cuando, en el año 301 a. C., la batalla de Ipsus puso fin a la energía maligna de Antígono. En este gran conflicto, una de las batallas decisivas del mundo, Antígono y Demetrio se enfrentaron al célebre cuarteto de generales de Alejandro, entre los que finalmente se dividió su imperio: Ptolomeo Soter, Seleuco, Lisímaco y Casandro. Los aliados triunfaron, mataron a Antígono, derrotaron por completo a su ejército y provocaron que Demetrio huyera para salvar su vida. Seleuco lo detuvo varios años después y murió en cautiverio.

Los generales confederados, que anteriormente habían tenido los títulos de gobernadores o sátrapas, ahora dividieron el imperio, convirtiéndose Casandro en rey de Grecia; Lisímaco de Tracia o Armenia; Seleuco, de Siria y las regiones adyacentes; y Ptolomeo de Egipto, Palestina, Libia y Arabia. Fue la división cuádruple del imperio griego representada en los cuatro cuernos del tocino macho cabrío visto en la visión de Daniel, y tan claramente predicho en la "escritura de la verdad". De hecho, el capítulo once de Daniel da un resumen de los conflictos de los Seleucidae (como se llamaba a los sucesores de Seleucus) y los Ptolomeos (los gobernantes egipcios) durante un siglo y medio después de la batalla de Ipsus.

Pero como son más los judíos que sus gobernantes gentiles los que nos interesan, volvemos a rastrear nuevamente lo poco que queda registrado de sus vicisitudes mientras los tuestos de la tierra luchaban entre sí.

Jaddua, el sumo sacerdote, murió en algún momento entre la muerte de Alejandro y el acuerdo, unos veinte años después, del que hemos hablado. Fue sucedido por Onías I, de quien sabemos poco, quien, a su vez, murió en el año 300 a. C., un año después de la batalla de Ipsus. Su hijo, conocido como Simón el Justo, lo sucedió, así llamado, nos dice Josefo, "por su piedad hacia Dios y su disposición bondadosa para con los de su propia nación". El capítulo 50 del libro apócrifo del Eclesiástico es su mejor memorial. Allí se le describe como "Simón el sumo sacerdote, hijo de Onías, quien en su vida reparó la casa nuevamente, y en sus días fortificó el templo; y por él fue edificado desde los cimientos la doble altura, la alta fortaleza de la muralla alrededor del templo". Y se le atribuyen varias otras obras de piedad. Él es elogiado en términos que más convienen al Mesías mismo, incluso descrito como la "estrella de la mañana", "el sol que brilla sobre el templo" y "el arco iris que ilumina las nubes brillantes".

Que el servicio del templo se celebró en honor, y que se preservó una medida de reverencia y piedad entre los sacerdotes y el pueblo en sus días, debe ser la conclusión de todos los que lean el capítulo completo.

Simón fue uno que trató de detener el espíritu griego helenizante o creador, y recordar al pueblo a esa separación de Dios que habría sido su fuerza si hubieran sabido lo que era mantenerlo en santa humildad. En los versículos 22 al 26 podemos tener el lenguaje de Jesús, el hijo de Eclesiástico, pero sin duda tenemos el sentimiento de Simón el Justo. Los versículos 25 y 26 son dignos de mención: "Hay dos clases de naciones que mi corazón aborrece, y la tercera no es nación. Los que se sientan en el monte de Samaria, los que habitan entre los filisteos y el pueblo necio que habita en Siquem (Siquem) ".

Los habitantes de Siquem, a quienes estigmatiza tan amargamente, eran los samaritanos, que habían construido su odiado templo rival en el monte Gerizim, y con abominable descaro se atrevieron a añadir un undécimo mandamiento a la ley: "Edificarás un altar en el monte Gerizim ¡Y solo allí adorarás!" Cuán aptos somos todos, inconscientemente, para arrojar tales pretenciosas pretensiones a aquello con lo que hemos decidido asociarnos.

Las otras dos clases eran los contemporizadores que buscaban una alianza con estos samaritanos y los apóstatas que se habían pasado a los antiguos enemigos de Israel, los filisteos; ambos por igual eran espinas en el costado del piadoso y del patriota. A la cuarta parte pertenecía el propio Simón; los que repudiaron todo lo que era ajeno al espíritu del judaísmo y se aferraron tenazmente a los santos escritos y los sagrados servicios del templo. El hecho de que éstos hayan derivado en gran medida hacia el ceremonialismo y el embriagador exclusivismo debería ser una triste advertencia para aquellos que intentan mantener la verdad divina de una manera carnal, sin el poder del Espíritu. De estos surgió la secta de los fariseos; separatistas rígidos, pero duros y legales, que tienen "apariencia de piedad, pero niegan su poder". Por otro lado, vemos en los helenizadores a los precursores de los despectivos, cultos, pero saduceos torpes del día de nuestro Señor. Simón fue presidente del Sanedrín o sumo consejo de los judíos, y el primero de los grandes rabinos cuya enseñanza oral estaba incorporada en el Mishna, que casi reemplazó a la palabra de Dios misma. Ay, cuán dispuestas están las personas bien intencionadas a poner el ministerio de maestros humanos en el lugar de las Sagradas Escrituras, y casi inconscientemente comienzan a "enseñar como doctrinas mandamientos de hombres". Que el propio Simón nunca contempló esto es evidente; pues, si la tradición habla con verdad, fue él quien añadió los toques finales a la obra acreditada ante Esdras y estableció con autoridad el canon del Antiguo Testamento. Siempre enfatizó la importancia suprema de la palabra de Dios, aunque él mismo fue admirado en días posteriores como entre los inspirados, y en esto tenemos otra lección seria para nuestro propio tiempo. Porque existe el peligro constante de dejar de lado a los maestros dados por Dios o de permitir que su ministerio sustituya a la Biblia. De hecho, tales hombres serían los últimos en desear que se les concediera un lugar así. El objeto de todos los siervos de Dios divinamente dotados sería afirmar la autoridad de las

Sagrada Escritura; su único deseo en el ministerio oral o escrito sería elucidar la Palabra y recordar al pueblo de Dios el Libro, en lugar de darles un sustituto. Pero una y otra vez el ministerio de los grandes dones, justamente valorado, ha sido puesto en lugar de la Palabra del Dios viviente, y así convertido en un credo, que mantener es ser ortodoxo, y diferir es ser considerado heterodoxo.

La muerte de Simón el Justo ocurrió en 291 a. C. Dejó un hijo pequeño; por eso su hermano Eleazar fue honrado con el sumo sacerdocio, cargo que ocupó hasta su muerte quince años después. Aunque las guerras abundaban a su alrededor y los rumores de guerras los distraían, los judíos disfrutaban de una paz relativa en su tiempo. Los reyes rivales del norte y del sur podían llevar adelante sus luchas como quisieran, pero Jehová era para su pueblo, durante los reinados de los tres primeros Ptolomeos, que ejerció soberanía sobre Palestina, "un pequeño santuario", en el que los justos encontré seguridad y paz. Dios los estaba cuidando. Su mano buena estaba sobre ellos, y encontraron bendición, tanto temporal como espiritual, aunque los paganos se enfurecieron por fuera y las sectas dentro amenazaban con la ruina final.

Ptolomeo Soter reinó veinte años y fue sucedido en el 284 a. C. por su hijo, conocido como Ptolomeo Filadelfo. Se concede una importancia considerable a su reinado; porque fue mientras él era rey y sumo sacerdote Eleazar, que se hizo la primera traducción de las Sagradas Escrituras. El Pentateuco, o cinco libros de Moisés, fue, a petición suya, traducida al griego, alrededor del año 277 a. C., y libro tras libro siguió hasta que todo el Antiguo Testamento fue traducido en el mismo idioma y depositado en la Biblioteca Imperial de Alejandría. Esta traducción se conoce generalmente como la Septuaginta (setenta), por la tradición de que fue la producción conjunta de setenta traductores, aunque generalmente se supone que el número correcto era setenta y dos. Otra tradición dice que se llamó así debido a la idea de los judíos de que solo había setenta naciones gentiles, y como el griego era en ese momento el idioma mundial, esta fue la Biblia para todos los setenta.

La versión así producida creció rápidamente en favor incluso entre los judíos, pocos de los cuales podían leer sus propias Escrituras hebreas, ya que el hebreo ya se estaba convirtiendo rápidamente en un idioma muerto. Esta fue la Biblia usada en los días de nuestro Señor y Sus apóstoles; y explica en gran medida las aparentes discrepancias entre los textos del Antiguo Testamento y las citas del Nuevo Testamento, que generalmente son de la Septuaginta. Esta traducción griega del Antiguo Testamento se expresa a menudo con los números romanos LXX.

En días posteriores, los rabinos estrictamente ortodoxos de la escuela farisaica lamentaron amargamente esta traducción y declararon que era "una calamidad tan

grande como la fabricación del becerro de oro". Esto se debía a que algunas de sus versiones eran más bien paráfrasis que traducciones, y eran de tal carácter que eran de gran ayuda para los judíos helenizantes en sus esfuerzos por introducir el nuevo saber y derrocar la enseñanza llamada ortodoxa.

Tras la muerte de Eleazar, 276 a. C., su hermano Manasés se convirtió en sumo sacerdote y ocupó el cargo hasta su propio fallecimiento, 251 a. C., que fue el trigésimo cuarto año de Ptolomeo Filadelfo. Poco tiempo ocurrió durante su mandato. Fue sucedido por Onías II., Hijo de Simón el Justo, que era un infante a la muerte de su padre. Este hombre era un hijo indigno de un padre tan digno. Josefo lo describe como "un hombre de alma pequeña". Durante el reinado de Ptolomeo Euergetes, que subió al trono en el 247 a. C., el mal comportamiento de Onías llevó a la nación de los judíos a graves problemas y peligros. Descuidó el tributo anual de veinte talentos de plata durante algunos años hasta que la cantidad adeudada a Euergetes llegó a ser excesivamente alta; y por fin envió a un funcionario llamado Atenas para exigir la suma total o amenazar con la destrucción del estado judío.

Onías y los habitantes de Jerusalén entraron en pánico y no sabían qué hacer. Solo gracias a la diplomacia de un sobrino del sumo sacerdote, José, hijo de Tobías, se evitó la calamidad. Abrió su casa al embajador egipcio y lo entretuvo de una manera magnífica, y suplicó a los judíos que Atenas regresó a su amo real para dar un informe muy favorable del joven y aconsejarle consideración por su nación. El mismo José salió tras él para suplicar personalmente la clemencia real. En el camino viajó en una caravana de comerciantes de Coele-Syria y Fenicia. Al escuchar a algunos de los que declaraban sus asuntos, decidió burlarlos. Su objetivo era intentar comprar al rey por ocho mil talentos el derecho a cultivar los impuestos en Coele-Siria, Fenicia, Judea y Samaria. José vio cómo podría beneficiarse de tal nombramiento si pudiera obtenerlo por sí mismo, por lo que decidió ofrecer el doble de la cantidad por el privilegio, dependiendo de más que compensarlo con la gente. En la ocasión adecuada hizo su oferta y pudo asegurar el puesto, y se designaron dos mil hombres para ayudarlo. Fue así el primer publicano judío, el comienzo de una clase detestable a los ojos de todos los amantes de Israel, y puesto al mismo nivel que los "pecadores" de las naciones, o incluso considerado por debajo de ellos. y se designaron dos mil hombres para ayudarlo. Fue así el primer publicano judío, el comienzo de una clase detestable a los ojos de todos los amantes de Israel, y puesto al mismo nivel que los "pecadores" de las naciones, o incluso considerado por debajo de ellos. y se designaron dos mil hombres para ayudarlo. Fue así el primer publicano judío, el comienzo de una clase detestable a los ojos de todos los amantes de Israel, y puesto al mismo nivel que los "pecadores" de las naciones, o incluso considerado por debajo de ellos.

Durante veintidós años, José mantuvo este lugar. Durante un tiempo, durante el predominio de Antíoco el Grande (de cuyas guerras hablaremos más adelante), perdió su lucrativo puesto, pero lo recuperó cuando triunfaron las armas egipcias, y lo mantuvo hasta su muerte.

Podemos comprender bien el aborrecimiento que el proceder de José inspiraría en el pecho de los verdaderos patriotas judíos. Como sirviente de un potentado extranjero, y bajo su protección, se enriqueció a expensas de su propio pueblo, machacando los rostros de los pobres y extorsionándolos todo lo que podía con impuestos sobre sus tierras y bienes, de los cuales él guardó para sí todo lo que estaba por encima de la tarifa anual pagada al rey de Egipto por el privilegio. No es de extrañar que el nombre “publicano” se convirtiera en sinónimo de todo eso, era vergonzoso para los judíos e indigno. Tras la desaparición de Onías II, su hijo Simón II lo sucedió como sumo sacerdote.

En sus días se producían continuamente graves conflictos entre las naciones circundantes, pero había una paz relativa en Judea, salvo que las facciones en guerra entre sí hicieron mucho para perturbar la ecuanimidad de la comunidad judía. Este fue particularmente el caso entre la familia de José, conocida como “los hijos de Tobías”, y la casa del sumo sacerdote. Las ganancias mal habidas del publicano-sacerdote no trajeron alegría ni a él ni a su familia, pero dieron como resultado una disputa familiar de la más feroz intensidad, en cuyos detalles no necesitamos entrar ahora, pero de los que hablaremos más adelante.

Los reyes del Norte y del Sur continuaron su lucha por la posesión de la Tierra, y una vez más Palestina jugó el papel de un "estado tampón". Seleucus Nicator, el fundador de la dinastía de los Seleucida, reinó treinta y tres años, y fue sucedido por Antiochus Soter, quien reinó diecinueve años. Su sucesor, Antiochus Theos, se casó con Berenice, una hija de Ptolomeo Filadelfo, quien esperaba así fortalecer su control sobre Siria, pero la artimaña fue un fracaso y solo empeoró las cosas.

Antiochus Theos fue seguido por Seleucus Callinicus. Murió, 226 a. C., por una caída de su caballo. Este fue el año después de que Onías II envió a su astuto sobrino José a Egipto para hacer las paces con Tolomeo. Seleucus Ceraunas, un debilucho y objeto de desprecio, sucedió a Callinicus, pero fue envenenado en poco tiempo. Fue sucedido por su hermano, destinado a convertirse en uno de los reyes sirios más renombrados y conocido en la historia como Antíoco el Grande. Se convirtió en rey en el 223 a. C., mientras que Ptolomeo Euergetes ocupaba el trono egipcio. Este príncipe murió dos años después, envenenado, se supone, por su hijo Ptolomeo IV, conocido como Philopater, quien poco después asesinó a su madre y hermano. Contra él, Antíoco el Grande declaró la guerra, con el aparente propósito de recuperar Palestina y las tierras

adyacentes para él. Al principio tuvo éxito, pero en la batalla de Raphia, 217 a. C., fue derrotado con una tremenda pérdida.

Philopater marchó triunfante por la tierra, y la gente en todas partes se sometió al exultante vencedor. En Jerusalén, se ganó el favor de los judíos dando ricas ofrendas al templo y ofreciendo muchos sacrificios y oblaiones. Pero deshizo todo esto un poco más tarde insistiendo en entrar al Lugar Santísimo contra las vehementes protestas de los sacerdotes y del pueblo. La tradición dice que mientras avanzaba impiamente, fue golpeado por la parálisis y llevado a cabo medio muerto. Como resultado, dejó Judea consternado, pero con un odio intenso por todo lo judío.

Poco después se reparó la paz entre Ptolomeo y Antíoco, por lo que Coele-Siria y Palestina fueron confirmadas al rey de Egipto. Durante los años siguientes, los judíos en Palestina descansaron, pero fue muy diferente con los que se establecieron en Alejandría y otras partes de Egipto. Contra ellos ardía ferozmente el resentimiento de Ptolomeo, y los persiguió sin piedad, demostrando así que Egipto era, como el profeta había declarado hace mucho tiempo, “una caña cascada” sobre la que descansar.

Philopater murió en el 204 a. C., sucedido por su hijo Ptolomeo Epífanes, un niño de cinco años de edad. En su minoría, Antíoco el Grande reafirmó su reclamo sobre los territorios perdidos y los tomó en 203-2, a. C. Unos años más tarde, Scopas, un general egipcio, condujo un ejército a Palestina y recuperó las dos provincias, pero al año siguiente, 198 a. C., Antíoco los recapturó. En 193 a.C., se consuma un matrimonio entre el joven Ptolomeo y Cleopatra, hija de Antíoco, y sobre la base de esto se celebró un acuerdo pacífico por el cual los ingresos deberían dividirse entre los dos reinos, y Palestina quedaría nominalmente sujeta a Egipto. Sobre los nuevos problemas de Antíoco, su guerra con Roma, su derrota, su saqueo sacrílego del templo de Júpiter-Belus (187 a. C.) y su muerte a manos de la turba, cuando, según las palabras de Daniel, “tropezó y cayó, y no fue hallado”, no necesitamos morar aquí, ya que es con los judíos lo que nos concierne inmediatamente. Sus sufrimientos habían sido temibles de contemplar en los horribles años antes mencionados. Cualquiera que fuera el partido que ganó, ellos perdieron. Quien prosperado, que fueron robados. Pero en esos días de terror y noches de angustia, ¿quién puede dudar de que “muchos fueron purificados y blanqueados” que de otra manera habrían estado viviendo en la comodidad y la indiferencia descuidada hacia Dios?

Seleucus Philopater siguió a su padre como rey de Siria, pero murió por la traición de su tesorero, Heliodorus, 175 aC Este Seleuco es el “recaudador de impuestos” del que se habla en Dan. 11; la guerra de su padre con Roma hizo necesario comprar la paz a un gran precio.

Ptolomeo Epífanes murió envenenado cuando aún era joven, 180 a. C., y su hijo Ptolomeo Filómetro reinó en su lugar; su madre, Cleopatra, siendo reina-regente. En ese momento, Seleucus Philopater tenía autoridad sobre Palestina, aunque no está claro cómo la obtuvo, pero parece que los judíos mismos preferían el gobierno sirio al egipcio y se sometieron fácilmente a él. Esto fue durante el sumo sacerdocio de Onías III, en cuyos días el segundo libro de los Macabeos dice: “La ciudad santa estaba habitada en toda paz, y las leyes se guardaban muy bien, debido a la piedad de Onías, el alto-sacerdote, y su odio por la maldad” (2 Macis. 3: 1). Así hemos vuelto a ilustrar el proverbio, “Como sacerdote, como personas”. Por otro lado, tenemos evidencia de una autoconfianza tranquila que descansaba en guardar las leyes del Señor “muy bien”, cuando, en realidad, Había la razón más grave para estar en el polvo de la humillación ante Dios por los siglos de fracaso que habían resultado en la Condición de lo -ammi en la que todavía se encontraron. Porque nunca serán reconocidos como pueblo de Dios después del cautiverio en Babilonia, ni lo volverán a ser hasta que se arrepientan en el tiempo del fin por venir.

Onías III fue el último en obtener el sumo sacerdocio por herencia. Finalmente fue depuesto por Antiochus Epiphanes, hermano y sucesor de Seleucus Philopater. Con su anulación, se cierra la época del sumo sacerdote y comienza un nuevo período, que dejamos, con los acontecimientos que lo condujeron, para un capítulo distinto.

El siglo que hemos estado considerando fue uno en el que los judíos prácticamente no tenían historia nacional, y nos hemos ocupado principalmente de sus gobernantes y vecinos. Sin embargo, estaban siempre bajo la mirada de Dios, y nada les sucedió excepto lo que su amor y sabiduría permitían. Durante toda la oscuridad, mantuvo encendida una lámpara del testimonio en Jerusalén, según la palabra que había jurado a sus siervos de la antigüedad, por amor de David y por su propia gloria.

En el período siguiente, les dio liberaciones inesperadas que nos recuerdan los días de los Jueces, y ahora pasaremos a la consideración de esta época heroica. 3

1 Faithful Words, editado por HF Witherby

2 “Y Jesúa engendró a Joiacim; Joiacim también engendró a Eliasib, y Eliasib engendró a Joiada; y Joiada engendró a Jonatán, y Jonatán engendró a Jaddua... Los levitas, en los días de Eliasib, Joiada, y Johanán, y Jaddua, fueron registrados como jefe de los padres; también los sacerdotes, hasta el reinado de Darío el persa”, que era casi hasta el final del Imperio Persa.

3 Me he esforzado por trazar un poco más en detalle la historia de los Ptolomeos y los Seleucidae en mis Conferencias sobre Daniel. El lector interesado puede consultar la dirección en el capítulo 11: 1-35.

Capítulo II

Los Días de los Macabeos

Durante mucho tiempo había dos partidos principales luchando por la dominación en Judea. Uno, y que la empresa más débil, aferrándose tenazmente a la ley y su observancia, aunque continuamente ampliándola y volviéndose cada vez más legal. Estos eventualmente se conocieron como los fariseos (de una raíz que significa separar), ya quien el apóstol Pablo describe mucho después de esto como “la secta más estrecha de nuestra religión”, y cuya justicia propia e hipocresía el Señor tuvo que condenar tan severamente en Sus días en la tierra. Solo gradualmente, por supuesto, y después de mucho tiempo, el partido judío alcanzó la condición descrita en el Nuevo Testamento. Fue el resultado de sostener la verdad de una manera carnal, conteniendo por lo que era divino mientras descuidaba la espiritualidad y el juicio propio. Se convirtieron así en jueces censuradores de otros y en complacientes condenadores de sí mismos.

Por otro lado, el partido dominante en los días de Simón II y Onías III fue la facción helenizante, que introdujo las costumbres y costumbres griegas. No vieron ninguna liberación para los judíos salvo en seguir los caminos de las naciones. Gritaron: "Vayamos y hagamos un pacto con las naciones" (1 Macis. 1:11), y trataron de popularizar en la medida de lo posible las nuevas formas. Se defendió persistentemente la filosofía griega, los juegos griegos e incluso la tolerancia de la religión griega. Incluso se sospechaba que Onías II, el sumo sacerdote, trataba de derribar el muro intermedio de separación; y más tarde los sacerdotes confesaron abiertamente su deseo de ver todo lo que era distintivamente judío reemplazado por lo griego. Estos fueron los predecesores de los saduceos refinados, pero infieles.

Además de estos dos grandes partidos, había un tercero, si es justo estigmatizarlos por el partido de denominación. Eran un pueblo débil y afligido, "los pobres del rebaño", que aborrecían los caminos de los paganos, pero rechazaban las pretensiones legales de los nacionalistas y se aferraban devotamente a la palabra de Dios y la promesa del Mesías venidero. De ellos surgieron, en años posteriores, los esenios, una secta cuyos principios reales son difíciles de definir, pero que anteponían la espiritualidad a la conformidad exterior. Se les ha llamado los cuáqueros de Judea, y otros los pietistas.

Pero también hubo facciones puramente políticas que perturbaron la paz de Judea. Un partido "egipcio" y uno "sirio" se había desarrollado gradualmente entre los judíos, y los nombres indicaban claramente el objeto de cada uno. Además de estas características

de malestar, la corrupción había hecho tristes avances entre el sacerdocio y los jefes del pueblo. La avaricia y la codicia, el amor al poder y la comodidad, estaban comiendo la vida misma de las grandes familias y de aquellos que deberían haber sido ejemplos para el rebaño.

Ya hemos mencionado a José, el hijo de Tobías, quien primero compró el privilegio de cultivar los impuestos a Ptolomeo Eurgetes. Este lucrativo oficio lo desempeñaron él y sus hijos durante muchos años, lo que les dio una importancia casi tan grande como la del sumo sacerdote. Pero el amor al dinero es la raíz de todos los males, y trajo el desastre a la casa de Tobías. José era marido de dos mujeres, una de las cuales le dio siete hijos; el otro, pero uno, que se llamaba Hircano. El propio carácter del padre se reprodujo a fondo en esta juventud, con codicia y astucia. En la vejez de su padre, fue enviado por él a Egipto para felicitar al rey y la reina por el nacimiento de un hijo. Hircano aprovechó la oportunidad para sobornar al rey con dinero obtenido del agente de su padre. y por estos medios indignos se aseguró la autoridad real para convertirse en recaudador de ingresos en el este del Jordán. Esto enfureció mucho a su padre José y a sus hermanos, quienes asaltaron a Hircano y trataron de matarlo. Sin embargo, ellos mismos fueron derrotados y dos de ellos asesinados, mientras que Hircano escapó ileso. José no sobrevivió mucho a este evento. Después de su muerte, las cosas fueron de mal en peor.

La lucha superó a la familia de Tobías y se convirtió en un asunto nacional. Algunas de las personas, entre las que se encontraba Simón el sumo sacerdote, abrazaron la causa de los cinco hermanos, mientras que otras apoyaron a Hircano, quien se retiró al otro lado del Jordán y siete años más tarde se suicidó, temiendo la ira de Antíoco, el rey sirio, quien luego dominó la tierra. Antes de morir, parece haber obtenido el favor de Onías III, el último sumo sacerdote hereditario (que sucedió a su padre Simón, 195 a. C.), porque el tesoro mal habido de Hircano fue depositado en el templo, y Onías describió el publicano como "un hombre de gran dignidad".

En ese momento, el gobernador del templo era Simón, que se supone que era el hermano mayor de Hircano. Entre él y Onías se desarrolló una amarga disputa, y en el año 176 a. C., Simón, al encontrar a Onías demasiado poderoso para él en Jerusalén, fue a ver a Apolonio, gobernador de toda esa región (bajo Seleuco Filopáter, el "recaudador de impuestos," De quien hemos hablado en el capítulo anterior), y le habló del inmenso tesoro de Hircano y otros depositados para su custodia en el santuario.

Apollonius lost no time in acquainting the king with the welcome news, and the needy monarch at once sent Heliodorus, his treasurer, to take possession of the money. In some way he was hindered, and the treasure was not removed. The story told in 2 Mace. 3:5-40 is that Heliodorus came to Jerusalem and made inquiry of Onias, who informed

him that the treasure was indeed there, but that it would be sacrilege to touch it. The king's treasurer, however, demanded the money, and upon his being denied he attempted to enter the temple to secure it, when he saw an apparition in the form of "a horse with a terrible rider upon him, and adorned with a very fair covering, and he ran fiercely, and smote at Heliodorus with his forefeet, and it seemed that he that sat upon the horse had complete harness of gold. Moreover, two other young men appeared before him, notable in strength, excellent in beauty, and comely in apparel, who stood by him at either side, and scourged him continually, and gave him many sore stripes" (2 Mace. 3:25, 26). This turned the treasurer from his purpose, and he departed to his master without the object of his quest.

Se relata, sin embargo, que Simón no era tan crédulo como Heliodoro, pero insinuó audazmente un engaño y declaró que Onías era responsable de alguna manera de la supuesta aparición. Aumentaron la amargura y la contienda; los partisanos fueron asesinados y la disensión se hizo tan intolerable que Onías partió en misión al rey, decidido a asegurar su intervención. Las cosas habían caído realmente a un punto bajo cuando se tuvo que apelar a un monarca pagano con miras a resolver una disputa entre los descendientes de aquellos judíos celosos que regresaron del cautiverio babilónico en los días de Zorobabel y Nehemías.

Seleuco, el rey, murió, sin embargo, antes de que Onías lo alcanzara, y el hermano del rey, Antíoco, que se hacía llamar Epífanes (el ilustre), fue declarado rey. Es llamado por una designación opuesta, en Daniel 11:21, RV, es decir, "una persona despreciable". Evidentemente, sus propios cortesanos coincidieron en esta última denominación, porque cambiaron una letra griega en este nombre asumido por ellos mismos, lo que la convirtió en Epímanes (el loco).

Este desdichado rey es el perseguidor "Rey del Norte", una sinopsis de cuya historia había sido escrita previamente en Daniel 11: 21-35. Ha sido bien llamado "El Anticristo del Antiguo Testamento". Al principio entró pacíficamente y con halagos buscó ganarse la confianza de los judíos, pero luego se convirtió en su perseguidor más acérrimo y en el profanador del templo. Antes de que Onías pudiera ganarle la atención, Josué, el hermano del sumo sacerdote, ofreció a este Antíoco cuatrocientos cuarenta talentos en total si le vendía el puesto de sumo sacerdote y apartaba a su venerable hermano. Josué prometió además hacer todo lo que estuviera en su poder para griegoizar a los judíos, incluso para cambiar su nombre a "Antioquianos". Esta oferta deleitó al gobernante avaro, quien declaró que Onías ya no era sumo sacerdote, pero le dio el cargo a Josué. Quien de inmediato comenzó a cumplir sus promesas, renunciando a su propio nombre de honor por el de Jason, en honor a un héroe griego. Construyó un gimnasio y promovió en todos los sentidos la adopción de la enseñanza, la moda y los juegos del griego; incluso

yendo “tan lejos como para enviar mensajeros especiales desde Jerusalén a Tiro con dinero para ofrendas a Melcarth, el fenicio Hércules, con motivo de los juegos en su honor” (ver 2 Mace. 4: 18-20).

Así, el partido racionalista pre-saduceo estaba completamente en el poder, y parecía que tanto el partido nacional como el espiritual estaban completamente aplastados, si no listos para ser aniquilados. El primer capítulo del primer libro de los Macabeos nos da una imagen vívida del miserable estado de los judíos, que habían comenzado tan bien bajo Esdras y sus coadjutores.

Pasaron cuatro años, y Jason, el pseudo-sacerdote, envió a un hermano menor llamado Onías, a Antioquía, con el dinero del tributo para Antíoco. Jason ahora debía demostrar que "todo lo que el hombre sembrare, eso también segará". Había sembrado el engaño y la traición a través de la adulación y el soborno. Él cosechó lo mismo. Porque Onías estaba decidido a obtener el lucrativo y honorable título de sumo sacerdote para sí mismo. Por lo tanto, lisonjeó y aduló al rey vanidoso y codicioso, y le ofreció trescientos talentos más que Jason por el puesto. Por lo tanto, tuvo éxito y regresó a Jerusalén, asumiendo la comisión real, con la intención de destituir a su hermano del cargo. Los "hijos de Tobías" se unieron en su apoyo, pero Jason y sus amigos se negaron a ceder su lugar y poder, por lo que Onías se vio obligado a retirarse a Antioquía. Temporalmente burlado. Allí suplicó la ayuda del rey, comprometiéndose a ir más lejos que su hermano en Grecianizar a los judíos y cambiar su propio nombre a Menelao. Esto le valió al rey un apoyo sincero de su causa, y regresó una vez más a Jerusalén con una escolta real. Ante esto Jason huyó aterrorizado y Menelao poseía el sacerdocio.

El mayor Onías, el último sumo sacerdote legítimo, aún vivía y "afligió su alma justa" al ver las malas acciones del partido apóstata. Finalmente, cuando Menelao, para recuperar el dinero del tributo, robó el templo de sus vasijas de oro y las vendió en Tiro y en otros lugares, Onías habló con severidad, llamando al falso sacerdote a rendir cuentas por sus caminos impíos. Por esto fue odiado por el desgraciado sacrílego a quien había reprendido, y nombró a Andrónico para asesinarlo. El anciano pontífice fue horriblemente asesinado, y Menelao se felicitó por haber apartado a su severo reprobador. Pero la vil acción enardeció a muchos amantes de Israel, y se hizo una protesta tan grande contra Antíoco que se sintió obligado a interferir haciendo que Andrónico fuera ejecutado, aunque el propio Menelao escapó. Con el paso del tiempo, se volvió cada vez más abandonado, deleitándose en vergonzosas iniquidades y culpable de horribles atrocidades, pero vistiendo la mitra sagrada con la inscripción "¡Santidad al Señor!"

Nuevamente impuso las manos sobre otros de los vasos sagrados, pero esta vez la masa del pueblo, entre los cuales siempre se encontraron muchos que “esperaban redención en Israel”, se levantó en su ira, resuelta a defender la casa de Dios contra esto. saqueador sacrílego. Se unieron a la batalla con tres mil de los partisanos de Menelao, liderados por su hermano Lisímaco. Lisímaco fue asesinado y su grupo derrotado. Menelao, disgustado y deshonrado, apeló al rey y envió una delegación de miembros racionalistas del Sanedrín que portaban los argumentos más potentes: dinero en abundancia. El pueblo protestó, pero todas sus quejas fueron ignoradas al ver el oro de Menelao, y el rey absolvió al sumo sacerdote y mató a sus acusadores.

Antíoco Epífanes invadió Egipto, alrededor del 171 a. C., y pronto llegó a Jerusalén un rumor de que estaba muerto. Tras la circulación de este informe hubo un gran regocijo, y el grupo de Jasón volvió a cobrar valor, sabiendo que la gente detestaba a Menelao. Con mil hombres llevaron las murallas, mataron a sus oponentes y arrojaron a Menelao al interior del castillo. Pero un giro repentino de las cosas permitió a este último tomar la delantera, y Jason fue expulsado y se retiró a una tierra extraña, donde murió "detestado por todos", como dice un historiador, y como bien podemos creer.

La noticia de que Jerusalén se había regocijado al enterarse de su muerte llegó a Antíoco en Egipto y lo enfureció. Se informó de los problemas entre Jason y Menelao como si hubiera habido un levantamiento popular y una revuelta contra la autoridad real. En un paroxismo de ira, condujo a sus ejércitos como una inundación abrumadora a través de la tierra, y asaltando a Jerusalén con una energía airada, tomó la ciudad por asalto, tras lo cual siguió un terrible saqueo y una carnicería. Más de 40.000 personas fueron asesinadas en tres días y un número igual fue arrancado de sus hogares y llevado cautivo. Tampoco esto fue todo. Guiado por el desdichado apóstata Menelao, se abrió camino hasta el Lugar Santísimo, se llevó el candelero de oro, la mesa, el altar del incienso y otros vasos; destruyó los libros de la ley, y erigió la “abominación desoladora” erigiendo un altar de ídolos sobre el altar sagrado de los holocaustos, sobre el cual sacrificó una gran cerda, y con un caldo de su carne inmunda, roció y profanó todo el templo.

El horror con el que un judío piadoso consideró esta terrible profanación está casi más allá de nuestra concepción. Nunca hasta que el Anticristo personal se siente en el templo de Dios que aún no ha sido erigido en Jerusalén, en los días de la tribulación venidera, se repetirán escenas tan terribles. Ambos reciben el mismo nombre.

En Daniel 11:31 el hecho pasado se describe años antes del evento: "Y hombres armados que salen de él contaminarán el santuario y la fortaleza, y quitarán el sacrificio continuo, y establecerán la abominación desoladora." En Daniel 9:26, 27, el futuro está ante nosotros, cuando el Anticristo vuelva a profanar el templo, "y por la propagación de abominaciones lo asolará". Esto es a lo que se refiere Daniel 12:11, y es el pasaje al que nuestro Señor dirigió la atención de sus discípulos en Mat. 24:15, como señal del fin de los tiempos.

Los actos impíos de Antíoco se convirtieron en una señal para el avivamiento del espíritu antiguo en un remanente, según Daniel 11:32: "Y a los que obran impíamente contra el pacto, corromperá con lisonjas; pero el pueblo que conoce a su Dios será fuerte y hará proezas". Así se introduce el período macabeo, la época de la gran guerra de independencia judía. Entonces fue cuando los siguientes versículos, 33 al 35, se cumplieron literalmente: 4"Y los entendidos del pueblo instruirán a muchos; pero caerán a espada y a fuego, en cautiverio y en despojo por muchos días. Ahora, cuando caigan, recibirán ayuda con un poco de ayuda, pero muchos se unirán a ellos con lisonjas. Y algunos de los entendidos caerán para probarlos, purificarlos y emblanquecerlos hasta el tiempo del fin, porque aún es por un tiempo señalado".

Durante dos mil trescientos días, o unos seis años y medio, el templo sería contaminado, según el mismo profeta Daniel. Luego, se limpiaría el santuario y se restablecería el servicio divino. Y así fue. En el 171 a. C. se instaló la abominación desoladora. En 165-4 a. C. el templo fue purificado y dedicado de nuevo por orden de Judas Macabeo. Los 2300 días intermedios fueron los tiempos extenuantes de los que ahora procedemos a tomar nota.

Durante un tiempo, los judíos se sintieron completamente desanimados, pero un resto clamó a Dios: "Oh Señor, ¿hasta cuándo?" y esperó en Aquel que siempre había sido el Consolador de Israel.

En 169 a. C., Antíoco hizo otra incursión contra Egipto, y al principio tuvo éxito, hasta que se encontró con una embajada romana que le exigía que regresara a su propia tierra. El decreto del senado romano fue entregado al arrogante tirano, quien pidió tiempo para considerarlo; pero con su vara, Popillius, uno de los embajadores, trazando un círculo alrededor de Antíoco, exigió una respuesta de sí o no antes de dejar el círculo. Antíoco, alarmado, se sometió y salió de Egipto, decidido a descargar de nuevo su rabia contra Palestina. Envío un ejército al mando de Apolonio para destruir la ya arruinada ciudad de Jerusalén, cuyo nombre significa "Fundación de la paz", pero que ha conocido más asedios y derramamiento de sangre que cualquier otra ciudad existente, ya que ha sido

saqueada veintisiete veces, y La palabra de Dios predice claramente dos terribles asedios para el futuro.

Apolonio cayó sobre el pueblo indefenso de una manera digna del loco al que servía. Fingiéndose paz, entró sin oposición, y en el santo día de reposo cayó sobre los miserables habitantes, matando a los hombres por miles y llevando cautivas a las mujeres y los niños. Las casas y los muros fueron demolidos y la ciudad incendiada. Así, en el patético lenguaje de 1 Mace. 1:39, "Su santuario fue asolado como un desierto; sus fiestas se convirtieron en duelo, sus sábados en reproche, su honor en desprecio".

Y además de todo esto, se aprobó un Acta de Uniformidad que obligaba a todo el pueblo de los dominios de Antíoco a adorar a sus dioses y no a otros. Ateneo fue enviado a Jerusalén para dedicar el templo a Júpiter Olimpo, en cuyo honor se instituyeron sacrificios, y los judíos miserables que aún quedaban entre las ruinas de sus antiguas casas fueron obligados a participar en los servicios horribles y a comer de los sacrificios inmundos. La profanación no podía ir más lejos. A Israel se le había hecho conocer plenamente las tiernas misericordias de los paganos, cuya cultura y brillantez habían sido tan atractivas para los racionalizadores entre ellos. La contaminación externa no era más que la manifestación de lo que el santo ojo de Dios había visto desde hacía mucho tiempo; así como la lepra en la frente del rey Uzías había dado a conocer antes toda la corrupción que había estado obrando en su interior.

Antíoco y sus secuaces no conocieron la piedad. No perdonaron ni edad, sexo ni condición. Jóvenes y ancianos, hombres y mujeres, sacerdotes y personas, ricos y pobres, sufrieron por igual en esos terribles días de venganza. Las mujeres que intentaron guardar la ley y circuncidar a sus hijos, fueron conducidas públicamente a través de la ciudad con sus bebés pegados al pecho y arrojadas desde las murallas de la ciudad, siendo literalmente destrozadas. Cualquiera que fuera descubierto observando el día de reposo era aprehendido y quemado vivo.

El relato de Josefo de aquellos tiempos espantosos y dolorosos coincide notablemente con la epístola al relato de los hebreos sobre los sufrimientos de los santos anteriores. Dice el historiador judío: "Fueron azotados con varas, sus cuerpos fueron despedazados y crucificados mientras aún estaban vivos y respiraban". El apóstol escribió sobre los mismos héroes de la fe: "Fueron torturados, no aceptando la liberación, para obtener una mejor resurrección; y otros tuvieron juicio de crueles burlas y azotes, sí, además de cadenas y encarcelamiento. Fueron apedreados, aserrados, tentados, muertos a espada: anduvieron errantes en pieles de oveja y de cabra; siendo desamparado, afligido, atormentado (de quien el mundo no era digno); anduvieron errantes por desiertos y montes, y cuevas y cuevas de la tierra" (Heb. 11: 35-38).

Un incidente mostrará cuán verdaderamente estas palabras se aplicaron a los fieles entre los judíos en este tiempo de angustia. Una mujer y sus siete hijos fueron detenidos juntos y llevados ante el vil e infame rey, quien les ordenó que abandonaran su fe y se convirtieran en adoradores de sus dioses. Como se negaron audazmente, el primer hijo fue apresado en presencia de su heroica madre y sus seis hermanos, le arrancaron la lengua, le cortaron los miembros y ardió vivo a fuego lento. Nuevamente se presentó la alternativa de adorar a los dioses demoníacos y vivir, o ser fiel a Jehová y morir. Inquebrantable, el segundo hijo fue tomado y desollado vivo ante los ojos del resto. Y así, la horrible prueba continuó hasta que solo quedó un hijo, y él el menor. El rey le suplicó personalmente que renunciara a su fe y se inclinara ante los dioses, prometiéndole riquezas, tranquilidad y honor para él y su madre si obedecía. Temiendo que se debilitara, la devota mujer animó su corazón en el Señor, diciendo: “Oh hijo mío, ten compasión del que te dio a luz... Te ruego, hijo mío, que mires el cielo y la tierra, y todo lo que hay en ellos, y consideren que Dios los hizo de cosas que no eran; y así fue hecha la humanidad. No temas a este verdugo, sino sé digno de tus hermanos; toma tu muerte, para que yo te reciba nuevamente en misericordia con tus hermanos” (2 Macis. 7: 27-29). ¡Cuán fuerte fue este testimonio de la fe judía en la resurrección cuando no fue corrompida por la influencia saducea! Y todo lo que hay en él, y consideren que Dios los hizo de cosas que no eran; y así fue hecha la humanidad. No temas a este verdugo, sino sé digno de tus hermanos; toma tu muerte, para que yo te reciba nuevamente en misericordia con tus hermanos” (2 Macis. 7: 27-29). ¡Cuán fuerte fue este testimonio de la fe judía en la resurrección cuando no fue corrompida por la influencia saducea!

El joven, así animado, desafió al rey, lo reprendió por su iniquidad y predijo su juicio final, hasta que el desdichado monarca se enfureció tanto que, se nos dice, "lo manejó peor que todos los demás", y "este hombre murió sin mancha, y puso toda su confianza en el Señor" (cap. 7:39, 40). Entonces la madre fue enviada y los ocho espíritus fieles descansaron juntos en el seno de Abraham.

Sería angustioso pensar más en detalles como estos. La noche era ciertamente oscura; la tormenta rugió implacablemente; la esperanza casi muere en el pecho de los fieles; cuando, como el resplandor de la estrella de la mañana, se levantó Mattathias que habitaba en Modin.

Este hombre fue padre de cinco hijos, y él y sus hijos son los Macabeos de renombre eterno. El nombre significa “El martillo de Dios” y originalmente era el nombre que se le dio al tercer hijo, Judas, pero generalmente ahora se aplica a todos ellos.

No es posible a estas horas de la madrugada localizar el pueblo de Modin, donde vivía esta devota familia de ascendencia sacerdotal. Mattatías era de la casa de Asmonaeus, del curso de Joarib, por eso su familia se llama Asmonaeans. Estaban entre los que se lamentaban ante Dios por la corrupción y la violencia de la época, y en secreto estaban siendo preparados por el Poderoso en quien confiaban, para el servicio público.

Llegó un día a Modin, Apeles, comisionado del rey Antíoco, para obligar a todos los habitantes a ajustarse a los ritos paganos. Apeles, que reconoció en Mattathias a un gobernante y un hombre honorable, se acercó primero a él y le exigió que diera el ejemplo al sacrificar en el altar pagano que se había instalado en medio de la aldea. Matatías se negó indignado y declaró sin reservas que ni él ni sus hijos prestarían atención a las palabras del rey. Mientras hablaba, un judío renegado se abrió paso entre la multitud para ofrecer ante el ídolo. Esto conmovió tanto al venerable anciano que corrió y mató no solo al transgresor mismo, sino que antes de que el asombrado comisionado se diera cuenta del peligro, también fue asesinado por Mattathias, quien luego destruyó el altar. Así había surgido una segunda Finees en Israel.

Se hizo la brecha; el rey fue desafiado abiertamente. Entonces, clamando: “El que es celoso de la ley y mantiene el pacto, sígame”, el anciano Mattatías huyó de la ciudad a un refugio en la montaña, dejando todos sus bienes detrás de él. A él, como a David en la bodega, se reunió un grupo de hombres devotos, con sus propios hijos a la cabeza. Así también Dios había visitado a los judíos de nuevo, incluso en los días en que todavía estaban bajo la sentencia de Lo-ammi, “No mi pueblo”, debido a sus pecados. La llama de la insurrección se extendió por todas partes, y como antaño, los "descontentos, endeudados y angustiados" se unieron al estándar de Mattathias.

De Jerusalén se envió inmediatamente un ejército de sirios para aplastar la rebelión en sus inicios. Cayeron sobre una masa heterogénea de judíos que estaban acampados en el desierto, camino al escondite de Matatías. Era el santo sábado, y la banda patriótica sintió que no se atrevía a violar su santidad con la resistencia armada, por lo que miles fueron masacrados como ovejas indefensas. Pero esto llevó a un cambio de juicio y decidió que los judíos nunca más se negarían a defender a su país y a sus familias en el día santo, sino que lucharon valientemente por todo lo que les era más querido que la vida misma, incluso en el día de reposo. el resto había sido perturbado tan rudamente por los feroces paganos.

Los judíos más devotos se unieron a Mattathias; los conocidos como Assidaeans o Jasidim (es decir, los Piadosos), que detestaban todo lo que saborea la idolatría y se aferraban tenazmente a los viejos caminos, así como el partido nacionalista, que se movía más por el mero patriotismo que por la verdadera piedad.

De un lugar a otro, esta banda de insurrectos recorría el país, aumentada diariamente por nuevos reclutas, derribando altares de ídolos, derrocando templos paganos, circuncidando a los niños que no tenían el signo del pacto y proclamando el triunfo de la ley de Dios.

Durante menos de un año se salvó Mattathias, la intensidad de los tiempos era demasiado para sus años; y en el 166 a. C. murió el venerable patriarca. Antes de renunciar a su laboriosa labor, reunió a sus hijos a su alrededor y les ordenó que no se apartaran del servicio que ahora les encomendaba hasta que la tierra y el templo fueran limpiados de las contaminaciones de los paganos. Su hijo Judas, "Macabeo" (el martillo de Dios), lo nombró para suceder a sí mismo como líder del ejército revolucionario, mientras llamaba a todos a sopesar bien los sabios consejos de su hijo Simón, quien se destacó por su sagacidad y soltería. de propósito. El anciano líder fue enterrado en Modin, en medio de un gran lamento, y en su tumba el pueblo se consagró de nuevo al servicio de Dios y de sus hermanos.

La victoria en todas partes coronó los esfuerzos de Judas. Sorprendió al enemigo una y otra vez, irrumpiendo en sus campamentos en medio de la noche, sembrando el terror y la confusión entre ellos y provocando que todos lo temieran.

Apolonio, el gobernador de Samaria, salió contra él con una gran hueste, pero fue derrotado ignominiosamente, y finalmente él mismo fue asesinado, mientras su ejército se dispersó y sus armas y pertrechos quedaron en manos de los judíos. Con la espada de Apolonio, el gran cacique macabeo luchó para siempre.

Otro ejército mayor, comandado por Serón, fue enviado por el rey Antíoco para aniquilar a la compañía judía. Las dos fuerzas se encontraron en Bet-horon. Serón, altivo y desafiante, al frente de una vasta hueste; Judas, intrépido y fuerte en la fe, pero al frente de una pequeña compañía, que se había visto obligado a ayunar todo ese día, y que estaban débiles y desanimados al contemplar a sus insolentes enemigos. "¿Cómo", preguntaron, "podremos, siendo tan pocos, luchar contra una multitud tan grande y tan fuerte?" Como un segundo Asa, Judas respondió: "Con el Dios del cielo, todo es uno para librar con una gran multitud o con una pequeña compañía". Tampoco se decepcionó su fe. Animados por el recuerdo de las misericordias pasadas de Jehová, los judíos se arrojaron, en la aparente imprudencia de la fe, sobre sus desdeñosos enemigos

y bajo el atrevido liderazgo de Judas, Los esparció como paja ante los mayales, y derrotó por completo a los sirios, que huyeron salvajemente en todas direcciones, dejando un gran número de muertos y heridos en el campo ensangrentado. Así quedó demostrado que uno debe perseguir a mil, y dos hacer huir a diez mil, confiando en Dios su fuerza.

La noticia de estos eventos enfureció a Antíoco; se enfureció como un maníaco cuando el informe de éxito tras éxito por parte de Judas y sus bandas llegaba a la capital siria. Inmediatamente se planeó un gran ejército, dirigido por el rey en persona, que aniquilaría por completo a los detestados judíos. Pero faltaba dinero; el tesoro estaba prácticamente vacío, el rey enojado partió hacia Persia para cobrar tributos y con otros medios para recaudar los fondos tan necesarios. Mientras tanto, la mitad del ejército fue enviado a Palestina, encabezado por Lisias, uno de sus generales más poderosos, a quien se le encargó extirpar por completo a todo Israel y borrar de la tierra todo monumento que existiera de la nación insolente que se había atrevido a desafiar tanto. poderoso rey!

Parece haber sido el gran esfuerzo de Satanás para destruir la simiente de Abraham, y así anular la promesa mesiánica. Con frecuencia había buscado así cansar hasta la nada la palabra de Dios en el pasado, pero había sido divinamente derrotado en todas las ocasiones; y él, el gran archienemigo de Dios y de los hombres, volvería a descubrir que era impotente contra el mandato del Eterno.

Lisias dividió el ejército entre tres generales, Ptolomeo, Nicanor y Gorgias, con 40.000 infantes y 7.000 jinetes, enviando esta gran hueste a Judea para excluir toda posibilidad de derrota. Los sirios estaban tan seguros de la victoria que Nicanor hizo proclamar públicamente que, a su regreso, noventa judíos serían vendidos por un talento; despertando así la codicia de los traficantes de esclavos, cuyo dinero se suponía que pronto se vertería en las arcas de Antíoco.

Contra este poderoso ejército Judas sólo pudo oponerse a una fuerza visible de 6.000 hombres; pero, ¿podemos dudar de que los ejércitos del cielo, visibles sólo para la fe, estuvieran acampando alrededor del pequeño grupo judío, como antaño en las montañas que rodean Dothan?

Los sirios acamparon en Emaús, y en Mizpa estaba el campamento de los judíos. Con ceniza en la cabeza y cilicio en el cuerpo, se postraron ante Dios en oración y confesión. Eleazar, el hermano de Judas, leyó las Sagradas Escrituras mientras ayunaban y se humillaban ante el Poderoso que había sido su Ayuda en épocas pasadas. Él era su confianza en la hora de la prueba que se acercaba. Para su grito de batalla, tomaron las palabras: "La ayuda de Dios"; y con corazones fuertes en el Señor y el poder de Su fuerza, esperaron el día de mañana.

Y mientras esperaban, miraban. Los centinelas fieles observaron cada movimiento de los sirios confiados. Antes de que amaneciera, los exploradores se acercaron a Judas para decirle que la división del enemigo bajo Gorgias ya se estaba preparando para marchar, esperando con un ataque temprano sorprender a los judíos dormidos y llevarlos a todos delante de ellos. El pequeño ejército de Israel se levantó de inmediato. Cuando Gorgias llegó al campamento judío, lo encontró desierto, porque Judas y sus hombres ya estaban marchando hacia los sirios por un camino diferente. De repente, el grito de Judas: "¡No temáis!" sonó en el aire quieto, y un fuerte toque de trompetas sonó el asalto. Como hombres que no conocían el miedo ni el peligro, los judíos se lanzaron sobre el gran ejército que tenían ante ellos, y en pocos momentos el enemigo se dispersó en todas direcciones. Cayeron tres mil sirios, y cuando Gorgias regresó, ignorando los acontecimientos de la madrugada, imaginó que los judíos estaban en retirada. "Estos tipos huyen de nosotros", gritó, y condujo a su banda a toda prisa a la llanura, solo para encontrar las tiendas en llamas y los sirios huyendo en desorden por todos lados. Asombrados y desanimados, Gorgias y sus hombres se volvieron y huyeron cuando una compañía de judíos se abalanzó sobre ellos.

Así terminó la batalla y el ejército de Lisias fue derrotado vergonzosamente. Los judíos recogieron el botín y luego descansaron para el sábado, alabando a Dios por sus maravillosos caminos y misericordia para con Israel.

Decidido a recuperar el buen nombre de su ejército, Lisias reunió una fuerza de casi veinte mil hombres más al año siguiente y nuevamente descendió sobre Judea. Pero el ejército de Judas tenía ahora diez mil hombres, y con estos fanáticos, confiando en "el Salvador de Israel", se enfrentó con valentía a los 65.000 sirios en Idumea, y condujo a Lisias en derrota y deshonra a Antioquia. Tan abrumador fue este golpe, que pasaron años antes de que el ejército sirio se recuperara de sus efectos, y mientras tanto (164 a.C.), menos de un año después del triunfo de Judas, el vil Antíoco Epífanes murió de una muerte horrible, delirando en la locura, y sucio con una enfermedad maligna que pudrió la carne sobre sus huesos mientras aún había vida en su cuerpo inmundo. Había reinado once años, y llegó a su fin cuando se apresuraba a volver a casa desde Persia para vengar la derrota de sus generales sobre los judíos exultantes.

Pero antes de la muerte del rey, ocurrió un evento de gran importancia en Jerusalén: la limpieza del templo, como predijo Daniel, al expirar los 2.300 días de contaminación. Fue en el 171 a. C. cuando el santuario fue contaminado por primera vez. En 165 y 164, el lugar santo fue purificado y el antiguo servicio se restableció entre las aclamaciones gozosas de los jasidim y los gritos entusiastas de los nacionalistas.

Cuando Judas y sus hermanos subieron a Jerusalén, fue un espectáculo terrible lo que los recibió. La ciudad santa estaba en ruinas, el templo desfigurado y desolado, los atrios cubiertos de arbustos, el altar sagrado profanado, la hermosa puerta incendiada y todo el lugar un escenario de desolación. Al rasgar sus vestiduras, el pueblo dio paso a lamentos y lágrimas, pero el sonido de la trompeta los llamó a trabajar, no a llorar; y con una pequeña compañía armada reservada para mantener bajo control a la guarnición siria en la fortaleza, el resto comenzó la labor de reparar el santuario y limpiar el edificio y los vasos sagrados. El altar fue apartado por completo por ser demasiado inmundo para la purificación, y se construyó uno nuevo en su lugar. El templo fue renovado y decorado, y por fin, todo estaba listo para su re-dedicación. Esto tuvo lugar el 25 de Chisleu, 165 B.C, exactamente tres años desde el día en que se hizo la primera ofrenda en el altar a Júpiter, y unos seis años y medio después de que Antíoco la contaminó por primera vez. Desde entonces, los judíos mantuvieron “La Fiesta de la Dedicación” como una fiesta anual (ver Juan 10:22), en el mes invernal de Chisleu, o diciembre. Antes de que el año siguiente, 164 a. C., estuviera muy avanzado, el servicio del templo continuaba como antes de la profanación.

Durante la mayor parte de los siguientes tres años, el heroico Judas llevó a cabo vigorosamente la obra de librar a la tierra de sus enemigos y restaurar las ciudades de Israel. Fortificó el monte Sión y colocó una guarnición judía allí, reconstruyó las murallas y rehabilitó los lugares desolados, sacando el orden del caos y cambiando la desesperación por una esperanzada contemplación del futuro. Tras un levantamiento de los antiguos enemigos de Israel, los idumeos o edomitas y los amonitas, Judas y su hermano Jonatán llevaron un ejército a sus territorios y los desconcertaron a cada paso, hasta que se alegraron de hacer las paces y de evitar nuevas interferencias. Simón, hermano de Judas, comandó un ejército que invadió Galilea, subyugando a bandas sin ley que infligían terror saqueando y matando a las personas indefensas que habían buscado refugio allí. Dondequiera que estuvieran al mando los hermanos Macabeos, la victoria seguía; pero en varias ocasiones, cuando estaban dirigidos por hombres temerarios y descarriados, los judíos fueron derrotados.

A Antiochus Epiphanes le sucedió su hijo de nueve años, conocido como Antiochus Eupator; Lisias, el antiguo enemigo de los judíos, era regente, y nuevamente decidió borrar la mancha de su honor aplastando a Judas y sus fuerzas. Invadió la tierra, por lo tanto, con un ejército mucho mayor que el comandado por Judas. Las dos huestes se reunieron en Judea y, por primera vez, los judíos sufrieron un grave revés. Eleazar, el hermano de Judas, fue asesinado mientras intentaba destruir lo que suponía era la bestia del rey. Observó un gran elefante, magníficamente engalanado, y pensó que lo montaban el niño rey y sus guardias. Pensando en ganar un renombre eterno y detener el asalto del enemigo, se abrió paso a través de una compañía de sirios, se metió debajo

de la poderosa bestia y le clavó la lanza en el vientre. La gran criatura cayó aplastando a Eleazar por su peso. Sin embargo, no era la bestia del rey, y la indiscreción de Eleazar no logró nada. Su muerte desanimó grandemente a los judíos, aunque no impidió el avance de los invasores, que empujaron a sus enemigos obstinados ante ellos, de modo que se retiraron a Jerusalén.

Lisias sitió la ciudad y, cortando todos los suministros, amenazó a todos los habitantes con la muerte por hambre si intentaban resistir contra él. Pero el Dios de Israel volvió a intervenir y provocó que el propósito de Lisias se frustrara por el estallido de la rebelión en Siria: Felipe, un rival de Lisias, había intentado derrocar al gobierno en ausencia de este último.

Esto hizo imperativo que Lisias levantara el sitio y regresara apresuradamente a la capital; lo que hizo, después de concluir la paz con los judíos, garantizándoles protección. Pero cuando el rey fue admitido en la ciudad y sus oficiales vieron la fuerza de las murallas, la promesa fue parcialmente violada por la destrucción de las defensas. Luego, el ejército marchó apresuradamente hacia Antioquía, donde Felipe fue burlado y la rebelión aplastada.

Se recordará que el traicionero sumo sacerdote Menelao estaba en el cargo cuando Matatías se levantó por primera vez contra los sirios. Continuó manteniendo el título durante todos los tormentosos años de la revolución, pero se encontró con la muerte en ese momento. Lisias, declarando que él era la verdadera causa de la revuelta, lo acusó ante el rey. Fue asesinado, entonces, y el sumo sacerdocio conferido a uno llamado Alcimo, quien, lamentablemente, era tan vil como su infame predecesor. Esto fue en 163 a. C.

Pronto se cuenta el resto de la historia de Judas. Durante el año siguiente, trabajó arduamente por la bendición de Israel, aunque fue él quien primero formó la alianza romana como resultado de lo cual Judea se convirtió finalmente en una provincia romana. Las circunstancias eran las siguientes: En 162 a. C., Demetrio, hijo de Seleuco Filopáter, y por tanto sobrino de Antíoco Epífanes y primo de Eupator, apareció en Siria para impugnar la autoridad del niño-rey. Había sido llevado a Roma como rehén algunos años antes, pero había escapado y se dirigió a Trípolis en Siria, donde reveló que el senado romano le había autorizado a tomar el reino de manos de su primo. Muchos se unieron a su estandarte, y después de un conflicto desesperado, el rey y Lisias fueron detenidos por el pretendiente y condenados a muerte. Demetrio luego ascendió al trono, tomando el título de Soter, que significa Salvador.

Alcimo, el sumo sacerdote recién nombrado, compró su favor con un regalo de una corona de oro y otros regalos, y así se le confirmó su cargo. Este prelado hipócrita y egoísta no perdió tiempo en difamar a Judas Maccabaeus y sus seguidores ante el rey, y se le dio la orden a Nicanor, el antiguo enemigo de la mancomunidad judía, de avanzar contra Judas, matarlo y destruir su ejército. Pero Nicanor sabía por experiencias pasadas que era más fácil decirlo que hacerlo. En lugar de involucrar a Judas en la batalla, por lo tanto, firmó un pacto de paz con los judíos, que pareció honorable y satisfactorio para ambas partes. Esto no encajaba con la política de Alcimus, y acusó audazmente a Nicanor ante el rey, quien envió instrucciones de que se debían llevar a cabo los planes u órdenes originales. Sobre este Nicanor, muy en contra de su propio juicio, avanzó sobre el ejército de Judas, que había sido informado de la violación del pacto a tiempo para estar preparado para la guerra. En Bet-horón y Adasa acamparon las huestes enemigas y, al unirse a la batalla, Judas volvió a triunfar y los soldados del rey emprendieron una ignominiosa retirada. A Nicanor lo mataron, y su cabeza y su mano derecha fueron llevados triunfalmente a Jerusalén. “Por esta causa”, dice el autor de 1 Macabeos (cap. 7: 48-50), “el pueblo se regocijó mucho y guardaron ese día como un día de gran alegría. Además, ordenaron y su cabeza y su mano derecha fueron llevados triunfalmente a Jerusalén. “Por esta causa”, dice el autor de 1 Macabeos (cap. 7: 48-50), “el pueblo se regocijó mucho y guardaron ese día como un día de gran alegría. Además, ordenaron mantener anualmente el día de hoy, siendo el decimotercero de Adar. Así, la tierra de Judea estuvo en reposo por un tiempo”.

Pero para Judas era evidente que la era de tranquilidad no podía durar mucho, porque no era probable que el rey sirio permitiera que esta deshonra a su ejército pasara sin venganza. El viejo y severo guerrero, Judas, por lo tanto, decidió hacer una alianza con Roma, que ahora era el poder dominante de Occidente y ya estaba haciendo sentir su influencia en Oriente. ¿Judas había leído y comprendido las palabras de Daniel sobre el surgimiento del cuarto imperio y se había dado cuenta de que el tercero estaba condenado? Difícilmente se puede dudar. También sabía cuán potente había sido la palabra de un senador romano en los días de Epífanés; por lo que era bastante natural que buscara una alianza con la "bestia espantosa y terrible, que tiene grandes dientes de hierro". Más vale ser amigo que enemigo de tal poder, pensó. Sin embargo, es evidente que Judas había caído a un nivel más bajo del que había ocupado en los días pasados, cuando solo confiaba en el Dios de Israel. Roma no era más que un brazo de carne, y los judíos iban a encontrar en ella un opresor más allá de todos los demás antes de que el fruto de este pacto hubiera sido recogido por completo.

Se entablaron negociaciones con el senado romano y se redactó y firmó un tratado que parecía garantizar la paz a Israel. Pero Judas no vivió para verlo, ni tampoco la paz deseada resultó tan duradera como él había esperado. Antes de que Demetrio pudiera

ser notificado de la alianza con Roma y advertirle que tuviera cuidado de no dañar o actuar injustamente con sus "amigos y confederados judíos", el enérgico monarca sirio había enviado una fuerza de 22.000 hombres contra Judas, liderada por Báquides y el infame alto -sacerdote Alcimus. El ejército de patriotas contaba con 3000. El viejo espíritu de confianza en Dios parecía haberse ido. Judas estaba angustiado y turbado; sus hombres estaban atemorizados e instaron a retirarse. El viejo guerrero digno no pudo consentir en esto y, debido a su severa negativa, su fuerza se redujo aún más por numerosas deserciones.

Sin embargo, llevó la esperanza desesperada cuando los sirios se le acercaron, y luchó con valentía y tenacidad hasta el final; pero antes de que terminara la batalla, el héroe de Israel ya no existía. Judas, "el martillo de Dios", fue abrumado y asesinado.

Lo que su muerte significó para los judíos, las palabras no lo expresan. Estaban con el corazón quebrantado y desesperados, aunque Dios no los había dejado sin un líder, porque su hermano Jonatán inmediatamente tomó su lugar como capitán general del pequeño ejército. Esto fue en el año 161 a. C.

Los problemas de los judíos se multiplicaron. El "partido sirio", encabezado por Alcimus, se esforzó con todo su poder para derrotar a la alianza romana y restablecer el dominio sirio; y durante un tiempo hubo angustia y guerra civil. Pero el desdichado Alcimo murió al año siguiente (160 a. C.) y se restableció una cierta tranquilidad. Pero hubo otras angustias; una gran hambruna trajo terribles sufrimientos a muchos, y la actividad de Báquides mantuvo al pequeño ejército de Jonathan continuamente a la defensiva hasta que, al retirarse al desierto de Tekoa, logró desgastar mediante tácticas de guerrilla a los soldados entrenados de su oponente que buscaban una y otra vez capturarlo, solo para ser rechazado y burlado cada vez

Durante dos años hubo una relativa tranquilidad; luego, en el 158 a. C., Báquides volvió a Judea para buscar la destrucción de Jonatán. Sin embargo, fue derrotado y se concluyeron favorables condiciones de paz entre los dos ejércitos.

Troubles in Syria, in connection with the claims of a pretender to the throne named Balas, caused king Demetrius to desist from further efforts to subjugate the Jews, and for several years there was quiet in Judea, while both Demetrius and Balas sought the favor and support of Jonathan and his army. In vain Demetrius offered him privilege after privilege; Jonathan could not or would not trust him. Balas, who took the name of Alexander, offered to confer the high-priesthood upon him if Jonathan would espouse his cause. After months of negotiations his offer was accepted, and at the Feast of Tabernacles, 153 B. C, Jonathan was solemnly robed in the high-priestly garments,

which he assumed for the good of his people. Yet it is clear that all this was opposed to the plain word of God. Trusting to or acting in the flesh to procure a desirable end, can never be of the Holy Spirit.

Cuando Alejandro Balas y Demetrio se encontraron, este último fue derrotado y asesinado mientras se retiraba. Así fue confirmado Alejandro como rey de Siria y, para fortalecerse, se alió con el rey de Egipto, quien le dio a su hija por esposa. Balas profesaba ser el hijo natural de Antíoco Epífanes y, debido a que cumplía con su propósito, consiguió que los romanos reconocieran su derecho.

Ahora parecía que todo debía ir bien con los judíos: un macabeo era sumo sacerdote; la parte extranjera fue aplastada; un títere romano estaba en el trono sirio; y estaba en vigor una alianza entre judíos y romanos. ¿Qué más se podría necesitar para asegurar la paz y la prosperidad? ¡Ay, ahora parecía faltar lo más importante de todo: la simple confianza en el Dios viviente!

El futuro iba a probar que “vana es la ayuda del hombre” y que ningún arreglo humano puede sostenerse, o procurar el fin a la vista, si se opone a la palabra del Señor y surge de la conveniencia en lugar de la fe.

En 148 a. C., los problemas volvieron a aparecer en el horizonte de los judíos. El hijo de Demetrio, más tarde conocido como Nicator (el Conquistador), que había estado escondido desde la muerte de su padre, decidió recuperar el trono y el reino. Este príncipe atacó primero a Jonatán como partidario del usurpador Balas, pero fue derrotado, aunque no hasta que Ptolomeo, el rey de Egipto, llegó a Palestina con un ejército para ayudar a Alejandro, su yerno. Mientras se dedicaba a ayudar así a los judíos, se enteró de un complot contra su propia vida, elaborado por uno de los oficiales de Alejandro. Tolomeo exigió que se le entregara al infractor. Tras la negativa de Alejandro, concluyó justamente que el rey advenedizo había autorizado el intento de destruirlo. Esto le llevó a exigir el regreso de su hija y la ruptura de la alianza sirio-egipcia. Ptolomeo abrazó ahora la causa de Demetrio contra Alejandro, y la esposa de este último fue entregada a Demetrio, su rival.

Alejandro pronto fue derrotado y asesinado. Su cabeza fue enviada a Ptolomeo, quien, sin embargo, solo vivió tres días después de recibirla. En 146 a. C. Demetrio fue proclamado rey de Siria y aclamado como "Nicator". Un pacto bastante endeble existió durante un tiempo entre este príncipe y Jonatán, pero cuando en 144 a. C. Antíoco, el hijo de Balas, se levantó para disputar la corona con Demetrio Nicator, Jonatán rompió todas las relaciones con este último y arrojó su influencia al lado de Antíoco, quien confirmó su derecho al sumo sacerdocio y le envió un regalo de vasos de oro para usar

en el templo; también le dio permiso para vestirse de púrpura y usar una hebilla de oro, que solo usan los de sangre real.

Jonathan demostró ser un aliado capaz. Dirigió a su ejército en persona contra Demetrius, derrotando a sus fuerzas; y renovando la alianza con Roma, puso toda su influencia en el lado del hijo de Balas, quien fue aclamado triunfalmente rey de Siria y Palestina. Era un príncipe capaz y generoso y un verdadero amigo de los judíos, que apreciaba plenamente el papel que había desempeñado Jonatán en ayudar a su causa; pero estaba destinado a reinar por una temporada muy corta, siendo víctima de la traición de Trifón, uno que contribuyó en gran medida a colocarlo en el trono. Antes de que cayera Antíoco, Jonatán también estaba destinado a morir por las maquinaciones del mismo comandante traidor.

Trifón codiciaba la corona para sí mismo y, al darse cuenta de que el hijo de Matatías era un baluarte del trono, trató astutamente de apoderarse de su persona. Con el pretexto de invitarlo a una conferencia amistosa, se convenció a Jonatán de que entrara en la ciudad de Ptolomeo, acompañado de menos de mil hombres. Estas tropas fueron cruelmente masacradas y su líder encarcelado. Cuando esta noticia llegó a las naciones circundantes, se prepararon para invadir Judea ahora que el líder veterano era impotente para ayudar a su pueblo. Trifón también partió al frente de un ejército para invadir la tierra, decidido a subyugar a la nación “eterna”. El temor llenó las almas de los hombres de Israel, y estaban desesperados hasta que Simón, el hermano de Jonatán, llegó al frente, animó sus corazones al contar las obras de valor realizadas en la antigüedad. y fue elegido por unanimidad como capitán de la hueste.

Al escuchar esto, Trifón notificó a Simón que Jonatán había sido detenido y encarcelado por no haber pagado el dinero del tributo, y que si él, Simón, enviaría como rehenes doscientos talentos de plata y dos hijos del sumo sacerdote y comandante. su padre sería liberado. Simón tenía poca fe en las promesas del traidor, pero pensó que era mejor cumplir, con la esperanza de salvar la vida de su hermano. Sin embargo, todo fue inútil; porque después de recibir el dinero y asegurar a los rehenes, Trifón mandó asesinar brutalmente a Jonathan y reanudó las operaciones contra los judíos. Esto fue en 144 a. C., diecisiete años después de que Jonatán se convirtiera en el líder de su pueblo. Su cuerpo fue recuperado más tarde y enterrado en Modin, su antigua casa.

Poco después, Trifón mató en secreto al joven rey Antíoco y puso sus manos sobre la corona, declarándose rey. Era un enemigo implacable de los judíos, y durante su turbulento reinado les causó mucha incomodidad.

Demetrius Nicator, el rey depuesto, que había sido expulsado por los ejércitos de Antíoco, aún estaba vivo y conspirando para recuperar la dignidad real. A Simón le pareció que era mucho más preferido que el detestable Trifón, por lo que decidió abrazar su causa. Simón le envió una corona de oro y un manto escarlata y trató de hacer un pacto con él que aseguraría la paz entre ellos. Esto agradó mucho a Demetrio, quien fácilmente accedió y confirmó el sumo sacerdocio a Simón, perdonó a los judíos todo tributo y declaró perdonadas todas las faltas pasadas. Realmente cedió su título a Palestina en su conjunto, de modo que Simón era virtualmente gobernador de un pueblo libre, si era capaz de defenderse de Trifón. Así, la servidumbre siria de 170 años llegó a su fin en ese año, 143 a. C. Al mismo tiempo, los romanos confirmaron su antigua liga en planchas de bronce, y los lacedemonios también entraron en una alianza pacífica con Israel, de modo que Trifón no se atrevió a molestarlos más.

Durante un breve período, la tierra disfrutó de descanso y prosperidad bajo el sabio liderazgo de Simón. Se reconstruyeron las ciudades, se cultivaron las tierras y se persiguieron las artes de la paz. Tan complacido estaba el pueblo de los judíos con Simón, que celebraron una asamblea general en su tercer año, 141 a.C., cuando le confirieron el sacerdocio y el gobierno a él y a sus herederos para siempre, grabando su decisión en bronce y fijándola sobre columnas en el monte de Sion.

Pero de nuevo la desgracia se cernía oscuramente en el horizonte; porque en el mismo año se vieron envueltos una vez más en las disputas de los pretendientes rivales al trono sirio. Demetrius Nicator había sido capturado por el rey de Persia, y su hermano Antíoco Pío usurpó el título real y se preparó para disputar su reclamo con Trifón. Obteniendo el permiso de Simón para pasar por sus tierras con el fin de recuperar los territorios gobernados por su padre, lideró un ejército contra Trifón, a quien derrotó, obteniendo así el dominio que buscaba. Aunque había confirmado todas las promesas hechas por su hermano a Simón, sintió envidia del poder y la libertad de este último, y envió un ejército para invadir Judea, con órdenes de apoderarse del gobierno y llevar cautivos a todos los que se opusieran a su autoridad.

Simón, aunque muy viejo, se levantó para defender a su pueblo con verdadero espíritu macabeo, y poniendo a sus hijos Judas y Juan (conocido como Hircano) al mando del ejército, se enfrentó al enemigo en sangriento conflicto y lo derrotó, al gran júbilo de los judíos. Pero su alegría se convirtió en duelo cuando poco después Simón y dos de sus hijos fueron asesinados en un banquete, y eso por la traición de su yerno, llamado Tolomeo. Así murió el último de los hijos famosos del viejo y severo patriota Mattathias, temeroso de Dios, en 135 a. C.

Para nosotros, que buscamos aprender lecciones de valor práctico de todo esto, una cosa se destaca como una advertencia solemne: el pueblo de los judíos había perdido en gran medida esa separación y dependencia piadosas que debería haber sido su santificación. En sus angustias, en lugar de una confianza implícita en el Dios de sus padres, se dirigieron alianzas con los paganos, dependiendo de un brazo de carne que a menudo les fallaba, y que al final sería su ruina. Quien, incluso ordinariamente familiarizado con la historia de la Iglesia, puede dejar de ver que la misma trampa ha sido siempre la ruina de todo movimiento que en sus inicios estuvo marcado por la devoción a Cristo y la confianza en el Dios vivo, pero que a medida que pasó la frescura de los primeros días y se sumaron los que habían obtenido la verdad a bajo costo (a menudo llegando a ella casi por nacimiento natural), perdieron este vínculo peculiar con lo Divino y dependieron cada vez más de lo que era simplemente ¿humano? Ésta es la debilidad de prácticamente todas las sociedades religiosas, y ninguna compañía de cristianos puede permitirse ser indiferente al peligro de tal proceder. Poder y bendición La victoria y la frescura espiritual son la porción de aquellos que se adhieren solo al Señor. La debilidad y la esterilidad siguen seguramente a la fusión con el mundo, como en el caso de los judíos en los días en los que nos hemos referido.

⁴ El lector observará que esto concluye la historia pasada de los judíos en Daniel 11. El versículo 36, que aún no ha sucedido, se refiere a los días del Anticristo. (Vea las Conferencias del autor sobre Daniel).

Capítulo III

Hasta el Final de la Dinastía Asmonea

Juan Hircano, hijo de Simón, sucedió en el lugar y el honor de su padre, de acuerdo con la decisión del gran concilio. Su primer acto fue intentar aliviar a su madre, que estaba cautiva por su indigno yerno Ptolomeo. En esto no tuvo éxito. La anciana fue asesinada y su asesino no pudo ser aprehendido. Antíoco Pío volvió a invadir la tierra, decidido si era posible a aplastar el espíritu independiente de los judíos, pero fue una vez más burlado, aunque fue la causa de mucho sufrimiento durante meses agotadores. En la fiesta de los tabernáculos de ese año se firmó un tratado que más bien dio ventaja a los sirios, y Antíoco regresó a su propia tierra, después de haber enviado un sacrificio costoso al templo de Jerusalén como un bocado del orgullo judío.

Antíoco no sostuvo su cetro por mucho tiempo, porque en el año 130 a.C. cayó en batalla con los partos, y su hermano Demetrio, desventurado, salió del cautiverio para sucederlo, reinando poco más de cuatro años, y siendo él mismo asesinado. 126 aC

Juan Hircano renovó la alianza con los romanos para fortalecerse contra los sirios, a quienes atacó en varias ciudades con diferentes pérdidas y ganancias; sin embargo, en general tuvo éxito. Introdujo una nueva política (seguida con demasiada frecuencia desde, por desgracia, incluso por lo que profesa ser la Iglesia), a saber, obligar a los pueblos conquistados a abjurar de sus sistemas de culto y ajustarse al judaísmo mediante la circuncisión, y así ser añadidos a los judíos. personas, o dándoles la alternativa de una muerte violenta. Pero el proselitismo forzado solo podría resultar en un desastre. Los conversos por coerción fueron siempre un elemento de debilidad.

Debe ser evidente para el lector más superficial que los judíos se habían permitido disminuir en gran medida la espiritualidad de los días de Esdras y Nehemías, o incluso el celo por el pacto de los días de Judas Macabeo. La formalidad y el racionalismo les estaban devorando la vida. Se gloriaron en su historia pasada, pero estaban lejos de estar sometidos a la ley de Dios. Así ha sido alguna vez cuando se permitió que los males gemelos del estrecho espíritu de partido o del amplio latitudinarismo hicieran su trabajo mortal y destructor del alma. El primero hace fanáticos intolerantes, que imaginan que todos los consejos divinos se centran en sí mismos y se vuelven intolerantes, formales y exigentes. El otro produce profesores descuidados, amantes del placer, "de iglesia amplia", que son indiferentes a todo lo que es vital en la religión, contentos de tener una apariencia de piedad mientras niega su poder.

Tales eran las características opuestas de los dos grandes partidos que durante años se habían estado formando entre los judíos, y que en los tiempos de Hircano se habían separado definitivamente y designados como las sectas de los "fariseos" y "saduceos". Los macabeos siempre pertenecieron a la primera compañía, hasta ahora, cuando Juan Hircano dejó de manifiesto que había decidido inclinarse hacia los saduceos más liberales. Durante un tiempo permaneció nominalmente fariseo, hasta que en cierta fiesta, un líder de la "secta más estricta" le exigió que renunciara al sacerdocio, que habían tenido los asmoneos desde Jonatán, en clara desobediencia a la carta de la Ley. Hircano preguntó indignado el motivo de esta solicitud; y el que lo había hecho, sin atreverse a ser franco, Dijo que era porque se había dicho en el extranjero que la madre del sumo sacerdote era una gentil, una que había sido llevada cautiva en la guerra. Esta historia, palpablemente falsa, enfureció a Hircano, quien exigió que el calumniador fuera severamente castigado. Este último fue declarado culpable de un delito punible únicamente con lazos y azotes. La ligereza de la oración pareció convencer a Hircano de que los fariseos realmente apoyaban al hombre, y terminó el asunto alejándose de ellos por completo y uniéndose abiertamente a la facción saducea. Edersheim designa muy apropiadamente este acto como "el comienzo del declive de los Macabeos". De ahora en adelante se hundieron por rápidos cambios en el nivel de la empresa que mantenían. Este último fue declarado culpable de un delito punible únicamente con lazos y azotes. La ligereza de la oración pareció convencer a Hircano de que los fariseos realmente apoyaban al hombre, y terminó el asunto alejándose de ellos por completo y uniéndose abiertamente a la facción saducea. Edersheim designa muy apropiadamente este acto como "el comienzo del declive de los Macabeos". De ahora en adelante se hundieron por rápidos cambios en el nivel de la empresa que mantenían. Este último fue declarado culpable de un delito punible únicamente con lazos y azotes. La ligereza de la oración pareció convencer a Hircano de que los fariseos realmente apoyaban al hombre, y terminó el asunto alejándose de ellos por completo y uniéndose abiertamente a la facción saducea. Edersheim designa muy apropiadamente este acto como "el comienzo del declive de los Macabeos". De ahora en adelante se hundieron por rápidos cambios en el nivel de la empresa que mantenían." A partir de entonces se hundieron por cambios rápidos en el nivel de la empresa que mantenían. A partir de entonces se hundieron por cambios rápidos en el nivel de la empresa que mantenían.

Hircano perdió rápidamente su influencia sobre la masa del pueblo, y los fariseos se opusieron tanto secreta como abiertamente, y sus años posteriores estuvieron llenos de problemas y angustias. En el año 107 a. C. murió, habiendo logrado poco de lo que podría decirse que sea para alabanza de Dios o bendición de los judíos, aunque Josefo (evidentemente un crítico parcial) dice que poseía el don de profecía. Nombró a su

esposa para que fuera "dueña de todos" después de su muerte; pero fue apartada por su hijo Aristóbulo, quien sucedió a la dignidad y autoridad de su padre. Este hombre no añadió nada a la gloria decadente de la familia, aunque fue el primero de su raza en asumir el título de rey de los judíos, un título que Zorobabel, de la familia real de David, no tomaría en los días de la restauración.

El joven rey dejó un registro breve pero manchado de sangre a sus espaldas. Se convirtió en el asesino de su madre, encarcelándola y matándola de hambre, y mató o encarceló a todos sus hermanos. En un año había seguido el camino de toda carne, muriendo en el 106 a. C.

Su viuda, Salomé, liberó a sus hermanos vivos y nombró rey al mayor. Fue conocido como Alexander Janneus. Los nombres griegos de estos hijos de Hircano muestran cuán lejos del espíritu macabeo se habían alejado sus hijos degenerados. Alejandro mató a uno de sus hermanos, dejando que el otro viviera, y se dedicó a guerras de conquista; su cuñada, Salomé, actuando como regente del reino durante sus campañas.

Los fariseos seguían siendo el partido dominante en Jerusalén, mientras que el rey era abiertamente saduceo. Detestaba la severidad de los separatistas y los desafió públicamente en una ocasión memorable al verter el agua del estanque de Siloé en el suelo en lugar del altar, en la fiesta de los tabernáculos. Esta fue una ceremonia prescrita, no en la ley, sino en el ritual, y a la que nuestro Señor se refiere en Juan 7:37, 38. Un alboroto terrible fue precipitado por lo que los fariseos consideraban un acto sacrílego, y Alejandro llamó en su extranjero tropas para sofocar los disturbios. Tan terrible fue el alboroto que, antes de sofocarlo, habían muerto seis mil personas. Pero esto fue solo el comienzo. La rebelión y la insurrección estallaron en todas partes, y antes de que se estableciera la paz murieron unas cincuenta mil personas. En su desesperación los fariseos y sus seguidores estaban intrigados por sus antiguos enemigos, los sirios, que enviaron un ejército para ayudarlos, con la esperanza de recuperar Palestina para ellos. En su primera batalla, Alejandro fue derrotado y los extranjeros victoriosos comenzaron a invadir la tierra. Esto cambió un poco las cosas; hizo que muchos que anteriormente se habían opuesto o se habían mostrado evasivos, se unieran al estándar de Alejandro. Su ejército estaba tan fortalecido que los sirios sintieron que sería inútil en el entonces estado de la población inflamada continuar con sus planes; así que se retiraron. En la lucha del partido que siguió, Alejandro se llevó todo por delante y aplastó la última chispa de insurrección de la manera más bárbara, siguiendo la costumbre pagana de crucificar y mutilar a un gran número de hombres, mujeres e incluso niños. asegurando así su trono y su nombre infame. Su crueldad le valió el título de "el tracio".

Su reinado fue algo largo (veintisiete años), y en sus últimos años continuó vigorosamente su política de subyugar y hacer proselitismo por la fuerza a las naciones circundantes, a quienes se les dio la alternativa de someterse a la circuncisión o ser condenado a muerte. Murió en el 79 a. C., y en su testamento ordenó que su cuerpo fuera entregado a sus antiguos oponentes, los fariseos, para que hicieran con él lo que quisieran. Esta sumisión inesperada del guerrero siniestro los sorprendió y agradó tanto que lo enterraron en gran honor.

Fue durante su reinado, alrededor del 88 a. C., como lo señaló Prideaux, que Fanuel, el esposo de Ana la profetisa, murió, según Lucas 2:36, 37, porque ella había sido “una viuda de unos ochenta y cuatro años. cuatro años” en el momento de la presentación del niño Jesús en el templo. Teniendo en cuenta la diferencia de cuatro años entre AC y DC, esto ubicaría la muerte de su esposo como se mencionó. Así llegamos ahora al primer vínculo con el Nuevo Testamento. Anna fue esposa y viuda durante el reinado de Alejandro; a través de todos los años turbulentos que siguieron, ella siempre esperó el consuelo de Israel, y estaba en el templo para recibir al Mesías prometido cuando su madre y su padre adoptivo lo llevaron por primera vez a la casa de Dios para llevar a cabo el ritual legal. con respecto al nacimiento de un hijo varón. La edad de Simeón no se da, pero él también pudo haber estado viviendo antes de la muerte de Alejandro Janneus, o de lo contrario debe haber nacido poco después.

“El tracio” dejó dos hijos, llamados Hircano y Aristóbulo; pero ordenó en su testamento que su esposa Alexandra lo sucediera; y como los judíos generalmente la consideraban opuesta a las políticas de su difunto esposo, la nación estuvo de acuerdo en su elección. En consecuencia, fue reconocida como reina-regente, aunque Josefo declara que "los fariseos tenían la autoridad". Ella nombró a su hijo Hircano sumo sacerdote, pero él era un hombre débil y vacilante, que tenía poco interés en asuntos de religión o asuntos de estado, y fácilmente accedió a la voluntad del partido dominante. Los fariseos derogaron los decretos de Juan Hircano y "ataron" y "desataron" a quienes quisieron. Fueron tan activos y ofensivos que muchos que no se conformaron a sus deseos huyeron de Jerusalén u obtuvieron permiso de la reina para establecerse en otro lugar, ya que les era imposible vivir en paz en la capital a menos que aceptaran los dogmas y siguieran los usos de estos legalistas extremos, que entonces dominaban el estado.

Estos inconformistas, por otro lado, estaban tan alejados del sometimiento a la ley de Dios como a las tradiciones de los ancianos. Perteneían a la casta saducea: holgazanes en sus vidas, liberales en sus opiniones religiosas y gentilizadores en política. Se atrincheraron en fortalezas en varios puntos y secretamente tramaron la caída de sus enemigos, los fariseos.

Aristóbulo, el hermano de Hircano, simpatizaba con estos hombres. Despreciaba a su hermano indolente, odiaba los principios puros y severos de los fariseos y codiciaba la corona y el reino. Pero esperó el momento oportuno, hasta que por fin una grave enfermedad atacó a la reina. Al enterarse de esto, se apresuró a salir de Jerusalén y reuniendo a los exiliados, pronto tuvo unas veintidós fortalezas y un ejército muy respetable a su mando. Demasiado tarde, Hircano se dio cuenta de la locura de la inacción y buscó con urgencia que la reina lo proclamara heredero; pero murió antes de que se pudiera hacer nada.

Así, los dos hermanos se encontraron a la cabeza de facciones rivales. Hircano dirigió un ejército para encontrarse con Aristóbulo y sus tropas, pero no se libró ninguna batalla, ya que la mayoría de los soldados del sumo sacerdote desertaron a su hermano menor, e Hircano huyó aterrorizado a Jerusalén. Finalmente, se acordaron términos de paz mediante los cuales Aristóbulo fue proclamado rey e Hircano confirmado en el sacerdocio.

Todos parecían satisfechos con este arreglo, y la paz podría haberse mantenido durante años si no hubiera sido por la ambición y las maquinaciones de un hombre del que no hemos hablado hasta ahora, pero que estaba destinado a desempeñar un papel importante en la historia judía durante años para ven.

Este hombre era un idumeo, llamado Antípater. Fue el padre de Herodes el Grande, quien, por una extraña combinación de circunstancias, sería "el rey de los judíos", en cuyo reinado nacería el Mesías largamente esperado.

Antípater no era judío, sino de la odiada raza edomita, los descendientes de Esaú, aunque un prosélito, al menos exteriormente, del judaísmo. Durante el reinado del rey Alejandro fue nombrado gobernador de Idumea y adquirió un gran poder y autoridad. Fue retenido en ese puesto por la reina Alexandra. Hircano y Antípatero eran amigos íntimos, y a este último no le gustó nada ver la autoridad real que se le daba al hermano menor. Evidentemente, temía que sus propias aspiraciones se vieran arruinadas por la caída del sumo sacerdote. De modo que decidió actuar de inmediato y actuar energicamente para frustrar esto. Persuadiendo a Hircano de que su vida estaba en peligro por la conspiración de Aristóbulo, finalmente convenció al sacerdote tolerante de que huyera a Aretas, rey de Arabia, que también estaba en el complot y era amigo de Antípater. Se hizo un arreglo por el cual los tres aliados, Hircano, Aretas y Antípater, levantaron un ejército de 50.000 hombres, con los que se dispusieron a derrocar a Aristóbulo. "Mordiéndose y devorándose unos a otros", los judíos corrían grave peligro

de “consumirse unos a otros”, ¡una lección para todos los controversistas religiosos desde entonces!

El rey de Judea, totalmente incapaz de hacer frente a tal ejército, no se atrevió a dar batalla, sino que huyó a Jerusalén y se encerró allí por seguridad. Fue asediado por los árabes y los judíos descontentos, que tanto con poder como con artimañas intentaron que el pueblo lo entregara. La masa estaba a favor de Hircano, pero los sacerdotes, que eran en gran parte de los saduceos, por lo general estaban del lado de Aristóbulo. Su influencia fue lo suficientemente fuerte como para evitar que la población abriera las puertas a los sitiadores, por lo que la inversión de la ciudad se prolongó durante semanas y meses agotadores.

Entre los sacerdotes había un personaje excéntrico de cierta influencia y piedad, llamado Onías, quien fue declarado un notable hombre de oración. Se dijo de él que, en una ocasión, durante una temporada de sequía prolongada, que causó gran sufrimiento y angustia, se había trazado un círculo alrededor de sí mismo con su vara en la arena, y declaró que nunca lo cruzaría hasta que sus oraciones fueran terminadas. se escuchó y se dio lluvia. No sabemos cuánto tiempo permaneció así encerrado, pero no se movió fuera de los límites autoimpuestos hasta que empezaron a caer las lluvias de bienvenida. La gente entusiasta lo llamó siempre después de Onías Hammeaggel: es decir, Onías del cajón del círculo. De alguna manera este hombre cayó en manos de las fuerzas sitiadoras, quienes lo llevaron a su campamento y le ordenaron orar por el éxito de la causa de Hircano y contra Aristóbulo y la facción sacerdotal saducea. Los judíos del ejército de asaltantes insistieron y no aceptaron ninguna negativa. Después de suplicar en vano la libertad, Onías finalmente se levantó y oró: “Oh Dios, Rey de todo el mundo, ya que los que están conmigo ahora son Tu pueblo, y los que están sitiados son Tus sacerdotes, te ruego que no escuches a la súplica de los que están en contra de ellos, ni llevar a efecto lo que estos oran contra ellos”. La multitud se abalanzó sobre él con rabia, y fue apedreado sin piedad hasta morir. El incidente muestra el temperamento imperante y ofrece una visión melancólica del estado mental en el que se encontraba la gente en ese momento. Un apasionado El espíritu fraccional estaba marchitando toda piedad, excepto en "los pobres del rebaño" que esperaban el resplandor del Sol de justicia.

A medida que avanzaba el asedio, se acercaba la temporada de la pascua sagrada y no había animales en la ciudad para los sacrificios. Esto obligó a los sacerdotes a llegar a un acuerdo con los sitiadores, quienes accedieron a suministrar ganado y ovejas al exorbitante precio de mil dracmas por cada bestia. Se recogió el dinero y se pasó por los muros a los designados para recibirlo, pero no se dieron bestias a cambio y los sacerdotes estaban desesperados.

El alivio llegó por fin de una manera inesperada. Pompeyo, el destacado general romano, envió fuerzas al mando de Escauro y Gabinio a Siria para restaurar el orden allí. Cada sector de los judíos envió emisarios a Damasco para buscar la ayuda de los romanos contra los demás, y al final, mediante el soborno, el partido de Aristóbulo ganó, y al mando de los romanos los aliados se retiraron y fueron perseguidos y completamente derrotados por el partido sacerdotal. Como recompensa por la ayuda oportuna, los judíos entregaron una corona de oro a Pompeyo, que había llegado a Damasco.

Pero los problemas de los judíos estaban lejos de ser un arreglo. Antípatro decidió llevar su causa en persona a Pompeyo, y este último lo escuchó amablemente. Aristóbulo decidió entonces hacer lo mismo, pero ofendido por su comportamiento grosero e insolente. También apareció un tercero y declaró que tanto Hircano como su hermano eran advenedizos y perturbadores no autorizados de la república, y la gente pidió que ambos fueran apartados y que se nombrara a otros gobernantes en su lugar. Aristóbulo temió que la suya fuera una causa perdida y, al salir apresuradamente de Damasco, huyó a Alejandría, donde Pompeyo lo persiguió. Dejando que la ciudad, que era una fortaleza, cayera en manos del general, el rey retrocedió y se retiró a Jerusalén, que trató de poner en condiciones para soportar otro asedio. Sin embargo, tras la aparición de Pompeyo ante los muros, Aristóbulo cambió de opinión, se ofreció a rendirse y pagar la indemnización requerida. A esto Pompeyo estuvo de acuerdo; y teniendo a Aristóbulo como rehén, envió a un agente a la ciudad para recoger el dinero prometido.

Pero los soldados judíos no estaban dispuestos tan dócilmente a acceder a las demandas de los romanos; la diputación encontró la ciudad custodiada y las murallas habilitadas para la defensa, mientras que la solicitud de indemnización fue rechazada. No todos en la ciudad estaban de acuerdo con la política de los soldados, pero salieron adelante y se reanudó el asedio.

Finalmente, la parte baja de la ciudad se rindió y solo la Colina del Templo resistió, a pesar de los esfuerzos de los invasores por tomarla por asalto y lanzando montículos militares, desde los cuales se proyectaron misiles de varios tipos hacia la fortaleza. Al enterarse por experiencia de que los judíos se abstuvieron de todas las tácticas ofensivas en sábado, los romanos hicieron lo mismo y dedicaron cada séptimo día a fortalecer sus obras de tierra y ponerse en una mejor posición para asaltar los muros. De esta manera se obtuvo una ventaja decidida, pero, no obstante, la pequeña banda desesperada de fanáticos resistió durante más de tres meses. Finalmente, un ariete romano demolió una de las torres más grandes; a través de la brecha así hecha, los sitiadores se abrieron paso, y siguió una terrible escena de carnicería.

Se dice que doce mil personas perecieron a espada y fuego en ese terrible día, los horrores de los que ninguna pluma podría describir, y de hecho sería desgarrador intentarlo. Muchos de los sacerdotes fueron asesinados en el templo mismo mientras oficiaban en las cosas santas; porque durante todo el asedio y la caída final de la ciudad, el servicio se había mantenido, mientras que los gritos de la gente distraída se dirigían en vano a Dios, quien, de acuerdo con la profecía de Oseas, dada algunos siglos antes pero aún sin revocar, había lanzado ellos fuera como no su pueblo. De hecho, los individuos eran poseídos y salvos, pero Él no poseería la nación como tal, y en el dolor más profundo cosecharon el fruto amargo de años de mala siembra.

Este fue el final de la independencia judía. De ahora en adelante, Judea no era más que una provincia romana. ¡Qué poco había previsto Judas Macabeo lo que significaría para su pueblo el resultado de su tratado con Roma! Mejor hubiera sido haber dependido solo del Señor de los Ejércitos que haber depositado la confianza en Roma.

Pompeyo privó a Hircano de todos los honores reales, pero lo confirmó en el sumo sacerdocio y ordenó que continuara el servicio del templo. Él había contaminado el lugar santo al entrar él mismo, pero luego dio órdenes para su purificación, pacificando así a los judíos. Aristóbulo lo llevó cautivo a Roma, junto con su hijo Antígono; otro hijo, Alejandro, también estaba prisionero, pero escapó antes de llegar a la Ciudad Imperial. Posteriormente hizo un intento inútil de revivir el estado judío, pero Gabinio, el general romano, dejado al mando por Pompeyo, lo derrotó en el 57 a. C. Un poco más tarde, Aristóbulo escapó y, dirigiéndose a Palestina, trató de provocar una revuelta, pero en vano. Fue capturado de nuevo y devuelto a Roma encadenado. En el 55 a. C., Alejandro lo intentó una vez más, pero no pudo obtener seguidores en ningún momento, y fue derrotado en el monte Tabor.

Gabinio gobernó Judea bajo Escauro, quien fue designado sobre toda la región una vez gobernada por Seleucidae. Restableció el orden en la tierra desolada, estableció un gobierno firme y capaz, respetó los derechos de los judíos en la medida en que fuera compatible con la política romana y realmente dio mucha más satisfacción que los hijos degenerados de los Macabeos. Hircano se sometió pacíficamente al yugo y se hizo amigo de Antípatro quien, por su parte, tenía la confianza y la buena voluntad de Pompeyo.

Así, durante una temporada, una medida de prosperidad sucedió a los años duros y difíciles que habían sido la suerte de los judíos durante tanto tiempo. Al año siguiente, fue bruscamente perturbado por una visita de Craso, que ahora era cónsul junto con Pompeyo en Roma. Como necesitaba dinero, Craso marchó a Jerusalén decidido a

apoderarse del tesoro del templo, cuya vasta extensión había despertado su codicia. En vano, Eleazar, el sacerdote a cargo, trató de desviarlo de su propósito impío ofreciéndole en cambio un gran lingote de oro que había estado escondido. Craso se llevó también el oro y el tesoro, y se llevó a Roma una cantidad de dinero, joyas y platos, estimada en unos diez millones de dólares.

Esto despertó tanto a los judíos, que muchos se unieron en torno a Alejandro, y él, por tercera vez, levantó el estandarte de la rebelión. Craso regresó en el 52 a. C. y lo obligó a aceptar la paz. Dos años más tarde, Escipión fue nombrado presidente de Siria, y en Roma, César y Pompeyo estaban en conflicto. Para obtener una ventaja sobre Pompeyo, Julio César liberó a Aristóbulo y lo ayudó a regresar a Judea, con dos legiones de soldados. Su hijo Alejandro iba a levantar una fuerza y unirse a su padre. Pero Escipión, como amigo de Pompeyo, cortó el complot de raíz apretando y decapitando a Alejandro, mientras que otros agentes de Pompeyo se las ingeniaron para envenenar a Aristóbulo antes de que llegara a Judea.

De este modo, solo quedó Antígono de los hijos de Aristóbulo. De él y su desafortunado final lo escucharemos más adelante. Nunca recuperó la corona, salvo por muy poco tiempo, aunque luchó desesperadamente por ella. Los príncipes asmoneos por su libertinaje e impiedad habían perdido todo lo que habían ganado sus nobles padres.

¡La gloria se había ido y Siloh aún no había llegado! ¿Sería finalmente desacreditada la palabra de Dios, y la esperanza de Israel desaparecería en las tinieblas? No tan; el cetro de la tribu no debería apartarse de Judá hasta que apareciera el Mesías, aunque fue preservado de tal manera que “ocultaba el orgullo del hombre” y ejercitaba la fe. Dios preservaría una luz en Jerusalén y mantendría a su pueblo en su tierra hasta que viniera Él, cuyo advenimiento había sido predicho durante tanto tiempo, pero debería estar bajo el cuidado de los odiados edomitas, cuyo objetivo debería ser su propia gloria y exaltación.

Capítulo IV

La Ascendencia Edomita

Cerramos nuestro último capítulo con Hircano todavía ocupando el cargo de sumo sacerdote, bajo el patrocinio, aunque realmente la autoridad, de Antípatro, y ambos sujetos a Escipión. Antígono solo quedaba de los príncipes asmoneos adultos, y todavía estaba en cautiverio. Ahora nos apresuramos a los eventos del último medio siglo antes del nacimiento de nuestro Señor Jesucristo.

La estrella de Pompeyo puesta como la de Julio César dominaba el firmamento. Este último llegó a Siria en el 47 a. C. e hizo un pariente, Sexto César, presidente de la provincia. Al regresar pronto a Roma, fue nombrado dictador del mundo.

Antípatro había podido congraciarse con César en su expedición contra los Poncianos y Capadocios y, a cambio, el Dictador lo convirtió en ciudadano libre de Roma y lo constituyó Procurador de Judea. Así había llegado el astuto edomita a la posición que había estado planeando durante mucho tiempo. Siguió siendo el amigo y patrón de Hircano, y lo apoyó contra las apelaciones de Antígono, quien estaba tratando de ganarse el favor de César. Pero el procurador ya no era un joven. Sus honores habían tardado en llegar y encontró pesadas las cargas adicionales. En consecuencia, nombró a sus dos hijos, Phasael y Herodes, gobernadores de Galilea y de Jerusalén, respectivamente, poniendo así Tierra Santa completamente bajo el dominio idumeo. Por otro lado, no debe olvidarse que Idumea había sido conquistada por Juan Hircano, 130 a.C. y la nación se convirtió por la fuerza y se circuncidó, de modo que Antípater y sus descendientes, aunque de la casa de Esaú, ahora eran judíos en religión, al menos en apariencia. Y la historia posterior de la familia muestra que valoraban el judaísmo desde un punto de vista religioso-político; sus constantes esfuerzos se oponen a la política griega de algunos de los gobernantes judíos. Concibieron que la gloria de su raza estaba ligada al triunfo del antiguo ritual. Fue el último e infructuoso esfuerzo de Esaú por obtener la bendición de Jacob, que había perdido tanto tiempo antes.

Herodes era un joven de veinte años (o, como dicen algunos, quince) cuando su padre lo nombró gobernador de Judea. Era un joven de extraordinaria energía y habilidad, y en sus primeros años, antes de que la lujuria y la ambición hicieran su mortífero trabajo, se caracterizaba por muchas cualidades atractivas. Pero cometió lo que podría haber sido un error fatal poco después de asumir la dignidad de su cargo. En Galilea tuvo lugar un levantamiento de fanáticos judíos, a quienes Josefo (por deferencia a los extranjeros a los que adulaba) llama "una horda de ladrones". Herodes reprimió esta incipiente

rebelión y, sin el consentimiento del Sanedrín, dio muerte a su líder. Por este acto de imprudencia fue llamado a responder ante el gran concilio, celoso de su ascendencia idumeana y de sus propias prerrogativas.

Hircano tembló por el resultado. Era amigo de Herodes y, sin embargo, no deseaba aparecer para tomar partido en contra del consejo. Sexto Cassar le escribió ordenándole que despejara al joven gobernador, quien había actuado como un fiel servidor de Roma. Si hubiera podido hacerlo de manera decente, Hircano habría anulado la orden del Sanedrín, pero eso era imposible dadas las circunstancias, por lo que Herodes fue llamado a rendir cuentas. Apareció, vestido de púrpura real, acompañado de un guardia armado y con todo el porte de un gran funcionario en lugar de una persona enjuiciada por una falta grave. Su actitud sobrecogió a los sacerdotes y médicos judíos, que estaban a punto de absolverlo, cuando el anciano presidente del consejo, Sameas, se pronunció audazmente pidiendo condena, declarando con lo que parecía la voz de la profecía que, si lo liberaban, "este hombre a quien buscaban absolver, algún día los castigaría a todos". Conmovidos por las feroces palabras del anciano, los jueces decidieron pronunciar sentencia de muerte. Hircano, al enterarse de su intención, de repente prorrogó el concilio y envió un mensaje a Herodes en secreto para que huyera por su vida, informándole de la mente de los ancianos.

El gobernador se retiró inmediatamente de la ciudad; pero en lugar de reconocer su deuda con el sumo sacerdote, se lanzó contra él con un ejército, decidido a destruirlo como representante del sistema que se había atrevido a cuestionar su autoridad. Antípatro se enteró de sus movimientos a tiempo para interferir, y Herodes fue disuadido de su propósito. Posteriormente se vengó matando a todo el Sanedrín, con la excepción de un hombre llamado Polión y el anciano Sameas que había aconsejado su muerte.

Durante varios años, las murallas de Jerusalén habían quedado en ruinas, desde la entrada triunfal de Pompeyo, hasta que en el 44 a. C. Julio César autorizó a Antípatro e Hircano a repararlas. El trabajo se inició de inmediato, aunque muy obstaculizado por los acontecimientos caleidoscópicos de los años siguientes. César fue asesinado por Bruto y sus co-conspiradores unos meses después de emitir el orden de reconstruir las murallas, y durante algún tiempo reinó la confusión no solo en Roma sino en las diversas provincias. En Judea, Antípatro tuvo dificultades para mantener su autoridad y finalmente fue envenenado por un agente del elemento anarquista llamado Malichus, quien a su vez fue asesinado por uno de los agentes de Herodes después de considerables disputas y disturbios.

Los amigos de Malichus reclamaron a Hyrcanus como uno de su grupo, pero esto parece poco probable. El carácter vacilante del anciano lo convirtió en el juguete de los remolinos en la corriente política y lo sometió a muchos malentendidos y tergiversaciones. Herodes, sin embargo, parece haber creído que el sumo sacerdote estaba en el complot, pero no tomó medidas extremas; principalmente, quizás, porque estaba desposado con la nieta de Hircano, Mariamne, de amarga memoria.

En el 42 a. C., Antígono, de quien poco se había oído durante algunos años, apareció de nuevo y, levantando un ejército de descontentos, hizo otro esfuerzo por hacerse con la corona. Herodes actuó con su energía acostumbrada y fácilmente lo derrotó, llevándolo al exilio. Antígono apeló a Marco Antonio, el general romano y amigo del César asesinado, pero sin éxito; porque Herodes había estado de antemano en el asunto y se había ganado la atención de Antonio con grandes sumas de dinero. Antonio nombró a Phasael tetrarca de Galilea y Herodes tetrarca de Judea, elevando así su rango y confirmando su autoridad.

El desesperado Antígono luego huyó a Partia e hizo una alianza con el rey de ese país, quien le proporcionó un ejército para el pago de mil talentos y quinientas mujeres judías. ¡Cuán bajo había caído un príncipe de la línea macabea que podía vender así a sus campesinas a una esclavitud mucho peor que la muerte! Actuando rápidamente, Antígono tomó Jerusalén por asalto, apresó a Phasael e Hircano, y habría apresado al mismo Herodes, si este último no hubiera huido en la noche con unos pocos familiares y amigos que preferían arriesgarse a sufrir desgracias con él antes que estar expuestos a la ira de Antígonus. Con el apoyo de los partos, Antígono fue declarado rey y estableció una corte títere. Para que Hircano nunca más pudiera ser sumo sacerdote, el desgraciado príncipe le mordió las orejas, mutilando así al anciano prelado y dejándolo, según la ley levítica, no apto para servir en el templo. Luego lo entregó en manos de los partos, quienes se lo llevaron a su propio país. Hircano fue luego asesinado por Herodes, cuando recuperó su autoridad.

Phasael, el hermano de Herodes, permaneció en prisión, hasta que sintiendo que su muerte fue decretada por Antígono y los partos, decidió matarse a sí mismo antes que morir por sus manos; así que se estrelló contra las paredes de piedra de su celda.

Herodes buscó refugio en Arabia, pero le fue negado; después de lo cual se dirigió a Egipto, y allí tomó un barco para Roma, donde llegó a salvo, después de casi naufragar en una tempestad. Acudió a la presencia de Antonio, quien lo recibió con mucho favor, escuchó con simpatía su lamentable historia y lo recomendó ante Octavio César y el Senado. Este último le confirió el título de rey de Judea y lo envió de regreso a Palestina con plena autoridad para despojar al usurpador y mantener su propio título por la fuerza

de las armas. Siete días después de la llegada de Herodes a Roma como fugitivo con un precio por su cabeza, zarpó hacia Judea con un grupo de soldados aclamándolo como rey. Esto fue en el 40 a. C.

Herodes desembarcó en Tolomeo y, al enterarse de que su madre, su hermana y Mariamne, su prometida, estaban encerradas en Masada, donde fueron asediadas por Antígono, se puso a la cabeza de las legiones romanas, marchó rápidamente al campo de batalla levantó el sitio y puso a salvo a sus familiares. Luego se movió rápidamente de un lugar a otro, derrotó a las bandas nacionalistas en todo momento y avanzó hacia Jerusalén, que asedió durante dos años. Cayó en el 37 a. C., con la ayuda de Sosio, el presidente de Siria, cuyos soldados eran culpables de tales atrocidades que incluso el cruel Herodes tuvo que suplicar a Sosio que los refrenara, para que no fuera el rey de un desierto. Fue en este momento que todos los Sanedrines, excepto dos, fueron asesinados. Antígono suplicó clemencia, pero Sofía lo trató con desdén y desprecio. llamándolo "Antígona" (la forma femenina de su nombre), y enviándolo encadenado a Antonio en Roma. Herodes sobornó a este último para que lo destruyera, y fue decapitado como rebelde contra el imperio.

Un año antes, Herodes se había casado con la hermosa pero desafortunada Mariamne, a través de la cual esperaba ganarse el favor de los judíos, ya que su reina era de la línea asmonea; pero en esto fracasó, porque su crueldad hizo que todos lo odieran. “Mejor sea el cerdo de Herodes que el hijo de Herodes”, decía un proverbio en los años posteriores.

Aún quedaba un descendiente varón de los Macabeos, un joven llamado Aristóbulo, hermano de Mariamne. Este joven asmoneo era la esperanza de quienes todavía se atrevían a esperar el restablecimiento de la línea judía. Era hijo de Alejandra, hija de Hircano, y de Alejandro, hijo de Aristóbulo, hermano de Hircano; por lo tanto, era de sangre macabea incuestionable. Alejandra trató de que lo nombraran sumo sacerdote, pero Herodes lo pasó a favor de un oscuro sacerdote de Babilonia, de quien pensó que podía depender para llevar a cabo su voluntad en cualquier emergencia que pudiera surgir. Alejandra se enojó mucho por esto, y solicitó ayuda a Cleopatra, la reina egipcia, suplicándole que usara su influencia con Antonio en nombre de su hijo. Ella tuvo éxito. Herodes fue anulado y Aristóbulo nombrado sumo sacerdote. En la fiesta de los tabernáculos apareció ante el pueblo, un joven apuesto, vestido con las espléndidas túnicas del pontífice de Israel. Al contemplar así a un Asmoneair oficiando de nuevo en los ritos solemnes, la alegría de los judíos fue grande y aplaudieron con entusiasmo. Sus aclamaciones despertaron los celos de Herodes, e inmediatamente después de la celebración, el sumo sacerdote fue "accidentalmente" ahogado en los estanques de peces del rey en Jericó.

Herodes pareció estar dolido y sorprendido por el prematuro final del último vástago masculino de los Macabeos, y le ofreció un funeral magnífico, apareciendo él mismo como el principal doliente. Pero toda esta farsa y pretensión no logró engañar a los judíos, que sabían que Aristóbulo había sido asesinado por orden del rey. Alejandra apeló a Antonio para que juzgara a Herodes, y de nuevo hizo que Cleopatra hablara por ella. Herodes fue citado para comparecer ante Antonio para responder por el crimen que se le imputaba. Designó a su tío Joseph, procurador en su ausencia, confió a su esposa Mariamne (la única persona a la que había amado) a su cuidado y obedeció de inmediato, dejando instrucciones secretas de que, en caso de su condena y muerte, ella sería asesinada inmediatamente. Josefo nos dice que José le dejó a Mariamne el secreto e irónicamente comenta que ella "¡no tomó esto como un ejemplo del fuerte afecto de Herodes!"

Pronto circuló en Jerusalén el rumor de que Herodes había sido declarado culpable y ejecutado mediante tortura; sobre la cual Alexandra se esforzó por asegurar el trono. Sin embargo, había sido engañada porque pronto Herodes regresó, completamente exonerado; sus sobornos han demostrado ser más poderosos que los ruegos de Cleopatra. Herodes luego echó a Alejandra a prisión por un tiempo, pero su furia disminuyó, Alejandra fue puesta en libertad.

Los problemas domésticos ahora estallaron en la casa de Herodes, apresurándolo a cometer terribles crímenes que arrojaron su oscura sombra sobre el resto de su carrera. Su hermana Salomé, celosa de la influencia de Mariamne sobre su hermano, la acusó en secreto de infidelidad y nombró a Joseph como el amante culpable. Herodes fingió no dar crédito a esto, pero se puso celoso y sospechó cuando Mariamne le preguntó cómo podría haberle dado instrucciones para matarla si realmente la amaba. Convencido de la perfidia de su tío, lo mató sin juicio, pero por el momento perdonó a su esposa. En el 29 a. C. fue llamado ante Octavio, y antes de salir de casa repitió su orden anterior. De alguna manera Mariamne se enteró de nuevo, y cuando Herodes regresó, le reprochó amargamente su falta de confianza y afecto. En su furia celosa, la hizo ejecutar, solo para convertirse poco después en víctima de un terrible remordimiento. La desesperación y el resentimiento llenaron su mente de tristeza y horror. Estaba tan terriblemente afectado que cayó enfermo y se volvió loco por un tiempo.

Mientras Herodes estaba en este estado, Alejandra concibió la idea de hacer nuevamente un esfuerzo por apropiarse del gobierno; pero su plan fue descubierto; Herodes se despertó de su melancolía y ella fue condenada a muerte por su crimen (28 a. C.). Así la familia Asmonea había sido aniquilada y las esperanzas de Israel casi apagadas.

Sin embargo, no a través de Matatías, sino a través de David fue la Simiente que vendría a través de la cual todo el mundo debería ser bendecido. Y Dios todavía había preservado la línea real, aunque ahora hundido en la pobreza y la oscuridad. El “cumplimiento de los tiempos” casi había llegado cuando por fin se cumplió la promesa.

Mientras tanto, el maldito edomita se sentó en el trono de David, y su conducta se volvió cada vez más vil a medida que pasaban los años. Mariamne le había dado dos hijos, Alejandro y Aristóbulo. Estos muchachos fueron enviados a Roma para recibir educación. A su regreso, a la instigación de su tía Salomé reivindicativo, que había sido la causa de la muerte de su madre, que fueron estrangulados. Su medio hermano Antipater, hijo de una ex esposa idumea, Doris, había sido nombrado sucesor de Herodes en el 11 a. C., y en el 6 a. C. tuvo lugar el estrangulamiento. El desdichado rey pasó por una apariencia de ley en el asunto, citando a sus hijos ante el concilio, y allí acusándolos con tanta vehemencia, que la sentencia de muerte fue dictada sobre los infelices jóvenes. Poco después, su hijo, Antípatro, fue acusado de conspirar para asegurar el trono de inmediato envenenando a su padre, y también fue ejecutado por orden de Herodes.

Sin embargo, durante todos estos años de intrigas, peleas familiares y derramamiento de sangre, Herodes hizo mucho por la edificación de Jerusalén y la prosperidad de Palestina. Construyó muchas grandes ciudades con un plan muy por encima de todo lo que los judíos habían intentado anteriormente. Como general, salió victorioso en todas partes; como diplomático, no conocía igual; como legislador, mostró una sabiduría y un cuidado sin igual por su reino y los intereses de su pueblo. Amante de las artes y mecenas de la religión, era, sin embargo, un monstruo de impiedad, un Nerón idumeo, que no se detendría ante nada para lograr sus fines egoístas.

Fue este Herodes, el llamado "el Grande", quien reconstruyó el templo con una grandeza incomparable; y se jactó de haber superado al mismo Salomón. El edificio restaurado brillaba con oro y mármoles costosos, y era el orgullo de la nación de Israel y la maravilla de sus vecinos. Una vez que puso su mente en la consecución de cualquier objetivo, Herodes no permitió que nada obstaculizara la consumación deseada. Pasó a través de crímenes sangrientos y barbaridades más viles hasta el objetivo que tenía por delante de ser considerado el más capaz y rico de los reyes de Oriente, ganando así para sí el título de “Magnus”, o como decimos, Herodes el Grande.

Y ahora, al acercarnos al final de la vida de Herodes, debemos recordarle al lector que nuestro Salvador nació cuatro años antes del cómputo popular conocido como Anno Domini. Cuando en el siglo VI de la era cristiana se decidió comenzar a datar desde el nacimiento de nuestro Señor, se cometió un error de cuatro años al calcular la hora

exacta. Esto solo se reconoció muchos siglos después, y habría confundido toda la cronología posterior el haber tratado de rectificar el error. En consecuencia, por extraño que parezca escribirlo, Cristo nació en el año 4 a. C. Esto fue sólo dos años después del asesinato judicial de los hijos de Herodes y Mariamne. En consecuencia, fue en ese año el ángel del Señor anunció primero a Zacarías el nacimiento de un hijo en su vejez, Juan, que sería el precursor de su Señor, para preparar el camino ante Él; y luego a María el cumplimiento de la Promesa a través de ella, en el nacimiento de Aquel que sería llamado Emmanuel—Nuestro Señor y Salvador Jesucristo.

No es de extrañar que, a la llegada de los sabios de Oriente, preguntando por un nuevo rey de los judíos, el monarca culpable sospechara un complot. Preguntó astutamente a los sacerdotes y escribas sobre las expectativas y esperanzas judías de un Mesías-Rey con el pretexto de darle honor; y cuando vio que los sabios se burlaban de él, dio el mandato de matar a todos los niños de Belén.

De hecho, Cristo había nacido para ser no solo Rey de los judíos, sino Rey de reyes y Señor de señores. Herodes y toda su clase eran como hombres condenados a la destrucción, cuyas vidas se prolongaron por un breve tiempo para que el arrepentimiento y la remisión de los pecados pudieran ser predicados a todas las naciones antes de que el Rey esperado tanto tiempo cayera como la Piedra poderosa del cielo sobre todos los pueblos. reinos de la tierra, y de ahora en adelante gobernar con justicia y paz eterna.

La muerte de Herodes ocurrió, como se narra en el Evangelio, durante el tiempo que el niño Salvador estuvo escondido en Egipto, y fue sucedido por Arquelao, como también leemos en Mateo.

Pero no es parte de nuestra tarea seguir el curso posterior de los acontecimientos con los que todo lector del Nuevo Testamento está familiarizado. Nos propusimos contar la historia de los “Cuatrocientos Años Silenciosos” que intervinieron entre el Antiguo y el Nuevo Testamento, que Dios ha considerado oportuno dejar en blanco en nuestras Biblias. Nuestra tarea, por lo tanto, salvo un capítulo final sobre la literatura de ese período, ha terminado.

El lector tendrá pocas dificultades para darse cuenta de por qué el pueblo del convenio no recibió al Salvador. Sus largos años de decadencia les habían hecho incapaces de reconocer a su Mesías cuando apareció de acuerdo con las escrituras de los Profetas. Sus ojos se habían cegado; sus oídos pesados; su corazón se endureció y su conciencia cauterizada; y así, sin conocer las Escrituras, las cumplieron al condenar al Príncipe de la Vida. Sin embargo, estaban en la tierra de Emmanuel y en la Ciudad Santa; reunidos

en el lugar donde el Nombre de Jehová había sido puesto en la antigüedad. Eran puntillosos con los servicios del templo; aficionado a razonar sobre las Escrituras; orgulloso de su descendencia de los patriarcas; y en su complacencia farisaica, despreciando a sus vecinos gentiles. Pero todo esto no sirvió de nada cuando el discernimiento espiritual había desaparecido y la religión era una cuestión de ritual más que de vida. No es necesario presionar la lección para nuestros propios tiempos. El que no lo ve él mismo, no le prestaría atención si otro le insistiera.

Capítulo V

La Literatura de los Judíos

Cuando uno medita sobre los tiempos convulsos que hemos repasado brevemente en las páginas anteriores, es sorprendente la cantidad de literatura que ha llegado hasta nuestros días de un pueblo tan acosado y angustiado.

Ya hemos visto que el canon de las Escrituras se cerró poco después de los días de Nehemías. La voz de la inspiración había cesado, y no se volvió a oír hasta que la "aurora de lo alto" visitó a Su pueblo (Lucas 1:78), y Dios entonces nos habló en Su Hijo. Todos los libros posteriores al de Malaquías, el último de los profetas, no tienen lugar en el Antiguo Testamento. Pero cada libro que se encuentra en él ha sido autenticado por nuestro Señor mismo cuando declaró que "la Ley, los Profetas y los Salmos" eran en verdad la palabra de Dios, y todo incluido en "la Escritura que no puede ser quebrantada". Las tres divisiones mencionadas anteriormente comprenden todos los libros que llamamos Antiguo Testamento. Fueron considerados sagrados y divinamente inspirados por los judíos, y nunca se agregaron otros por ellos. Fue el Concilio Católico Romano de Trento el primero que tuvo la temeridad de incluir a los Apócrifos entre los libros que supuestamente fueron inspirados por Dios. La naturaleza de esta colección lo notaremos en breve.

Es necesario ser claro y positivo en cuanto a la inspiración del Antiguo Testamento, porque no faltan esfuerzos en esta generación incrédula para sacudir la fe de los sencillos en libros como Ester, Daniel, Jonás y otros. Pero todos estos fueron escritos antes de que se suspendiera la voz de la profecía; todos los libros ahora en nuestra Biblia, y ningún otro, fueron amados, citados y honrados en la Biblia por los apóstoles, y respaldados como divinamente dados por el Señor Jesús. Se refiere expresamente a "Daniel el profeta" y "la señal del profeta Jonás", en un lenguaje que no admite ninguna duda en cuanto al alto plano en el que puso sus escritos.

Pero en la época macabea y más tarde hubo otros libros de carácter instructivo, sin pretensiones de inspiración, que los judíos siempre han valorado y que los primeros cristianos leían a veces en sus reuniones por las lecciones que contenían, aunque sin Pensé en ponerlos al nivel de las Escrituras hebreas o del Nuevo Testamento griego.

Estos son los libros recopilados por nadie sabe quién y, por conveniencia, designados como Apócrifos, es decir, "ocultos". Algunos de ellos son de la mejor calidad literaria; otros son muy inferiores. Algunos, como 1 Macabeos, tienen un valor histórico distinto; otros son completamente poco fiables y contradictorios de los hechos conocidos. Todos fueron escritos en griego en los días del gran despertar literario que tuvo lugar cuando la cultura griega era casi idolatrada por muchos de los judíos. El primer libro de los apócrifos se conoce como:

I. Esdras, que es la forma griega de Ezra. Esta es en gran parte una copia del libro de ese nombre en nuestras Biblias, con una cantidad considerable de material adicional de muy dudosa calidad. Evidentemente, el libro se produjo para impresionar a los gentiles educados con el cuidado de Dios por el judío despreciado.

II. Esdras es de un carácter completamente diferente y, sin duda, de otra mano. Es un libro de estilo fuertemente apocalíptico, que consiste principalmente en una serie de visiones embelesadas con más o menos espiritualidad entretrejida. El escritor evidentemente tomó a Daniel, Ezequiel y Zacarías como sus modelos, y fue uno cuya alma se enardeció por sus gloriosas promesas de bendición sobre Israel y sus terribles denuncias de juicio sobre los enemigos del pueblo elegido. Por otro lado, abunda en inexactitudes y afirmaciones contrarias a la palabra de Dios.

El libro de Tobit profesa ser un registro de las extrañas experiencias de un israelita de ese nombre, que pertenecía a la tribu de Neftalí y estaba entre los que se llevaron los asirios. Es completamente poco confiable; un romance religioso, lleno de absurdos y, sin embargo, enseñando lecciones de moralidad y verdadera piedad. Es en este libro que encontramos a un ángel llamado Rafael. Los únicos dos ángeles realmente nombrados en las Escrituras son Miguel y Gabriel. Los encantamientos y las maravillas taumatúrgicas de Tobit lo hacen indigno del menor crédito, pero aumentan su interés como obra literaria entretenida. Sin duda, a menudo ocupó el lugar en un hogar judío de muchos de los cuentos infantiles de nuestros días, inculcando principios estrictos, morales y religiosos, con suficiente mezcla de lo maravilloso para atraer la atención de los jóvenes.

Judit es la historia de la liberación de Israel en los días de Nabucodonosor, por una matrona judía, que va sola al campamento del enemigo, se entrega al poder del general pagano, Holofernes, para su destrucción. Cuando él se enamora por completo de su sabiduría y belleza, ella lo aprovecha y, mientras él duerme, con su propia espada le arranca la cabeza. Si hay algo de verdad en la historia o no, ahora es imposible decirlo; pero desde entonces se ha considerado a Judith como una heroína nacional, y su

conducta se considera a un nivel muy elevado. Sin embargo, engaña a Holofernes y no duda en hacer el mal para que venga el bien; aunque conservando su propio cuerpo intacto.

Con la excepción de 1 Macabeos, el libro de Judith es la mejor obra narrativa de los apócrifos.

La omisión del nombre de Dios en el libro canónico de Ester, hizo que los devotos lo cuestionaran mucho, que no entendían la razón divina de esto. Por lo tanto, tenemos en “El resto de los capítulos del libro de Ester, que no se encuentran ni en hebreo ni en caldeo”, un esfuerzo por corregir esto. Pero es un intento torpe de un escriba torpe de mejorar la obra perfecta de Dios. Uno solo necesita leer el libro inspirado de Ester, y luego este documento humano estropeado, para observar la diferencia entre las Escrituras inspiradas por Dios y esta imitación humana. 5 Los dos libros siguientes de los apócrifos deben clasificarse en una categoría completamente diferente. Se encuentran entre los mejores ejemplares de la literatura sapiencial sin inspiración, y son dignos de ser clasificados con los Discursos de Epicteto, ¿la Moral de Marcus? Aurelius y los Ensayos de Bacon, aunque son muy inferiores al libro inspirado de Proverbios.

La sabiduría de Salomón es una obra anónima a la que se adjunta el nombre del gran rey en el título. No es de un orden tan elevado como el libro que le sigue, pero sin embargo es de gran valor. El registro complementario se llama:

"La sabiduría de Jesús, el hijo de Sirac, o Eclesiástico". Generalmente se admite que esta colección selecta de proverbios y dichos sabios es, como profesa ser, la producción de Jesús (la forma griega de Josué) el hijo de Eclesiástico, que vivió en la tierra "casi después de todos los profetas", y que ha encarnado aquí la sana instrucción que recibió en su juventud de su abuelo Jesús, quien escribió en hebreo y murió, "dejando este libro casi perfecto. " El nieto lo tradujo, editó y organizó, sin pretender inspirarlo; lo envió con la esperanza de edificar a su nación, confesando su propensión al error, pero anhelando una lectura imparcial de la obra que había preparado en griego a partir de los registros hebreos que dejó el Jesús mayor. La fecha indicada corresponde a los años de Ptolomeo Euergetes; y la alabanza de Simón el Justo, en el capítulo 50, muestra que el escritor vivió durante su pontificado.

Los estudiantes de la Biblia recordarán que Jeremías tenía un sirviente llamado Baruc. Él es quien se presume que es el autor del libro de Baruc, el siguiente en orden. Pero no hay evidencia de que ese fuera realmente el caso. Es una obra de poco valor. El último capítulo (6) profesa ser “La epístola de Jeremías”, escrita a los cautivos que estaban a

punto de ser llevados a Babilonia por Nabucodonosor. Es de un orden mucho menos elevado que los escritos auténticos del "Profeta Llorón".

Hay tres cuentos que se agregaron al libro de Daniel y se dan en orden en la siguiente sección de los apócrifos. El primero se titula:

"La canción de los tres santos niños", y fue añadido después del versículo 23 de Daniel, cap. 3. Pretende dar la canción que cantaron los tres jóvenes hebreos mientras caminaban ilesos en el horno de fuego, y es de valor para preservar el carácter de piedad judía en los días que hemos estado considerando.

La Historia de Susana se publicó como prefacio de la profecía canónica de Daniel. La exclamación de Shylock, "¡Un Daniel viene a juicio!" al escuchar la sabiduría de Portia, encuentra aquí su explicación. Cuenta la historia del intento de dos ancianos lujuriosos, primero de robarle la virtud a una joven esposa judía, y al ser rechazada con éxito, de chantajear al objeto de su vil, pero derrotado propósito. Daniel, un simple joven, aparece en escena y, al examinar a cada uno de los villanos por separado, hace que se contradigan entre sí de tal manera que se establece tanto la inocencia de Susana como su propia maldad.

El tercer cuento se agregó al final de Daniel y se llama "La historia de la destrucción de Bel y el dragón". Es un cuento maravilloso, similar al de Tobit, que narra una prueba hecha por Daniel y los babilonios sobre el poder del dios Bel, y un gran dragón que fue vencido por Daniel a través de una mezcla de brea, grasa y cabello, que metió en la boca de la criatura. No se puede dejar de ver en toda la tonta historia la influencia de la superstición caldea en cuanto a encantos y preparaciones mágicas en la mente del escritor. Los milagros de la Biblia son siempre de carácter serio y sobrio, y cumplen un propósito importante o útil. Nunca son meras obras de poder, sorprendentes y desconcertantes sin motivo moral. Sucede lo contrario con los signos falsificados de los emisarios de Satanás y con las maravillas contadas en leyendas sin inspiración, como el que se relata en esta historia no histórica de "Bel y el dragón".

La oración de Manasés pretende ser la súplica contrita de Manasés, el hijo de Ezequías, sobre su arrepentimiento. Es completamente fantasioso, pero interesante porque da una idea de la piedad judía.

I. Macabeos es un registro histórico de las guerras de los judíos desde la muerte de Alejandro Magno hasta el pontificado de Simón, hermano de Judas Macabeo. De este libro se ha extraído principalmente nuestro conocimiento de las guerras de independencia judías. El estilo es vigoroso e intensamente dramático, llevando al lector

de escena en escena con un interés constante. Como testimonio del cuidado infalible de Jehová por Su pueblo, incluso cuando está bajo Su mano debido a sus pecados, y Su gracia pronta al recibirlos en el momento en que confiesan sus iniquidades y buscan Su rostro, el libro es de gran valor. Sin embargo, la historia no reclama inspiración divina. Quién es el autor, ahora es imposible decirlo; pero evidentemente era un amante sincero de Israel y del Dios de Israel.

II. Maccabees es mucho menos confiable, aunque de gran interés. Es una extraña mezcla de historia sobria y leyenda indigna de confianza. El libro es valorado por la iglesia romana debido a su aparente respaldo a la costumbre no bíblica de ofrecer oraciones por los muertos. En el cap. 12:43-45, se dice que Judas Macabeo ofreció una ofrenda por el pecado por los muertos, y de ese modo hizo una reconciliación por ellos para que pudieran ser liberados del pecado. Independientemente de lo que haya estado en la mente de Judas, su acto no tiene sanción bíblica.

Hay otros dos libros conocidos como Tercer y Cuarto Macabeos, que no fueron incluidos en los Apócrifos recibidos por el Concilio de Trento, aunque algunos declaran que fueron omitidos por error. El primero es fragmentario y legendario; el segundo, una larga novela religiosa.

Hay otros restos literarios que fueron valorados durante mucho tiempo por los judíos, pero que ahora rara vez se leen y algunos se pierden por completo; como, por ejemplo, el Libro de Enoc; los secretos de Enoch; el Libro de los Jubileos; Testamentos de los Doce Patriarcas; Salmos de Salomón; Oráculos sibilinos; Asunción de Moisés; el Apocalipsis de Elías; el Apocalipsis de Sofonías, y algunos otros, de los que los primeros Padres cristianos hacen mención, pero que ya no existen, hasta donde se sabe ahora. Algunos de estos se iniciaron durante los días de los asmoneos y solo se completaron en la era cristiana; participando así de una mezcla de colores judíos y cristianos. Los Oráculos Sibilinos y el Libro de Enoc son de este carácter. Es un hecho significativo que en todos los largos años de los cuatro siglos silenciosos que hemos tenido ante nosotros, ni siquiera nos ha llegado un salmo o cualquier otro producto literario digno de ser comparado con los preciosos tesoros del Antiguo Testamento. Algunos, es cierto, han intentado asignar fechas macabeas a algunos de los libros de los Profetas y a varios de los salmos más recientes, pero sus teorías de conjeturas no tienen ningún valor real, y no cabe duda de que todos fueron escritos cuando se había escrito la última línea de Malaquías. El canon de las Escrituras judías estaba entonces completo. No se agregaron fragmentos inconexos en los años posteriores. Cuando de nuevo se oyera la voz profética, sería para anunciar la venida de Aquel que fue objeto y tema de “todas las Escrituras”, y cuyo advenimiento en gracia sería la ocasión para la producción de un Nuevo Testamento que completara el escrito. revelación de Dios al hombre. Los dos

volúmenes son obra del único Espíritu cuyo deleite fue "tomar de las cosas de Cristo y mostrárnoslas".

Es interesante y, desde el punto de vista educativo, provechoso familiarizarse con estos extraños y antiguos volúmenes; pero todos son como la oscuridad misma cuando se contrasta con la luz clara que brilla en los Sagrados Oráculos, las Sagradas Escrituras, dadas por inspiración de Dios para el suministro del hombre de Dios a todas las buenas obras; del cual está escrito,

"Para siempre, oh Señor, tu palabra está firme en los cielos".

⁵ Tengo un librito llamado "Notas sobre Ester", que podría ayudar a cualquiera que nunca haya notado las razones de la omisión del nombre divino.